

En línea con la UNIDAD

de Investigación
y Acusación.

Revista Virtual

“La educación es fundamental para la paz”, dice campesino de Cimitarra víctima del conflicto armado

Si a una víctima “le hablas de entrada de perdón su corazón se cierra”, dice experta Pilar de la Torre

Así se palpitan los Encuentros Territoriales de Participación Social 2025

Exitoso balance de los grupos territoriales de la UIA en el primer trimestre del 2025

La increíble historia de la valiente Jhenifer Carolina Torres

Unidad de Investigación y Acusación: cinco entregas dignas de cuerpos en primer trimestre de 2025

“Si queremos vivir en paz debemos estar en paz con nosotros mismos”: líder de jóvenes de Quibdó



La familia Quintero en pleno. De izquierda a derecha: Catalina Quintero, Karen Quintero, María Victoria Quintero, Wilson Quintero, Paola Alvarado, Nancy Quintero, Alfredo Galindo, Camila Galindo y Franklin García. En el centro, sentada, doña Ana Elvira Ruiz de Quintero, la matrona de la familia.

Los Quintero
o la epopeya
de una familia

Dirección UIA

Giovanni Álvarez Santoyo

Dirección Revista Virtual UIA

Jairo Alfonso Barón Hernández

Redacción e investigación

Jairo Alfonso Barón Hernández

Paola Hernández Peñuela

Libardo Cardona Martínez

Margarita Barreneche

Luisa Robayo

Fotografía

Valentina Rodríguez Montoya

Geraldinne Puentes Camacho

Leidy Suárez

Diseño y diagramación

Diego Alba Patiño

Colombia

2025

Misión cumplida. Ese es el título para esta fotografía. La familia Quintero, los funcionarios de la Unidad de Investigación y Acusación y del Fondo Colombia en Paz y las víctimas del conflicto armado. Todos ellos son los hacedores del Hospital de la Paz.



Contenido



Los Quintero o la epopeya de una familia
Página 2



La increíble historia de la valiente Jhenifer Carolina Torres
Página 10



“La educación es fundamental para la paz”, dice campesino de Cimitarra víctima del conflicto armado
Página 16



Si a una víctima “le hablas de entrada de perdón su corazón se cierra”, dice experta Pilar de la Torre
Página 20



Unidad de Investigación y Acusación: cinco entregas dignas de cuerpos en primer trimestre de 2025
Página 26



Así se palpitan los Encuentros Territoriales de Participación Social 2025
Página 32



*“Si queremos vivir en paz debemos estar en paz con nosotros mismos”:
líder de jóvenes de Quibdó*
Página 42



Exitoso balance de los grupos territoriales de la UIA en el primer trimestre del 2025
Página 46



Los Quintero o la epopeya de una familia

Víctor Quintero o la historia del empresario de esmeraldas cuyos descendientes les donaron a las víctimas de violencia sexual con ocasión del conflicto armado el terreno en Cumaral, Meta, donde se construirá el Hospital de la Paz.

Abril de 2013: en Londres, miles de británicos lloran la muerte de la ex primera ministra Margaret Thatcher; en Estados Unidos, dos explosiones durante el Maratón de Boston dejan cuatro muertos y más de 200 heridos, y en Bogotá, la capital colombiana, el reconocido empresario de esmeraldas Víctor Quintero asiste al sepelio de su otrora amigo y socio, Víctor Carranza, quien ha muerto de cáncer a los 78 años.

“Le gané a Carranza”, les dijo Quintero a sus familiares y amigos ese sábado 6 de abril —horas después de las exequias del llamado ‘Zar de las esmeraldas’ en el norte de la capital colombiana—, mientras en la comodidad de un sillón de su casa se fumaba un tabaco cubano y fijaba su mirada a cualquier parte menos a sus interlocutores.

En realidad, la victoria a la que hizo referencia Víctor Quintero ese día tenía una explicación razonable: Carranza, el hombre que lo acosó por años, había muerto primero que él a pesar de tener cinco años menos.

Se habían conocido en Guateque, el municipio boyacense donde Carranza nació en 1935 (Quintero nació en Sutatenza en 1930, pero siempre se consideró de Somondoco, también en Boyacá, de donde es toda su prole).

A mediados de los años 50, “mi papá está en Guateque, que era el mercado grande de las esmeraldas, y Carranza llega” allí después de sortear algunos problemas legales, recordó Wilson Quintero Ruiz, hijo de Víctor Quintero, en entrevista con el Grupo de Relacionamiento y Comunicaciones de la Unidad de Investigación y Acusación de la JEP.

De acuerdo con Wilson Quintero, “Carranza llega sin nada. Entonces mi papá le da

un dinero para que se compre una ropa y se lo lleva para las minas” de Buenavista y Gachalá y “ahí empieza a sacar esmeraldas y saca esmeraldas a donde va”.

—Dice la leyenda que la suerte de Carranza con las esmeraldas no la tenía nadie...

—Sí, obvio, tenía suerte, pero también malicia y maldad—, comentó Wilson Quintero, un piloto comercial de helicópteros de 56 años, de hablar fluido y padre de cinco hijos.

A mediados de los años 60 empezó la llamada guerra verde que, al decir de Wilson Quintero, “no fue una guerra verde, sino una masacre verde”.

Fue un momento de la historia del país en el que, según Wilson Quintero, el negocio de las esmeraldas “era ilegal” y ser “esmeraldero era peor que ser narcotraficante. En esa época (a los esmeralderos) no los juzgaban, sino que los asesinaban por tener una esmeralda en el bolsillo”.

Tal vez por lo anterior es que Wilson Quintero sube la voz, con relativa molestia, cuando le toca decir que “aquí la historia real del esmeraldero no la han contado. Aquí se ha contado es una historia de sangre o, como se dice vulgarmente, de plomo. Pero eso no fue realmente lo que ocurrió”.

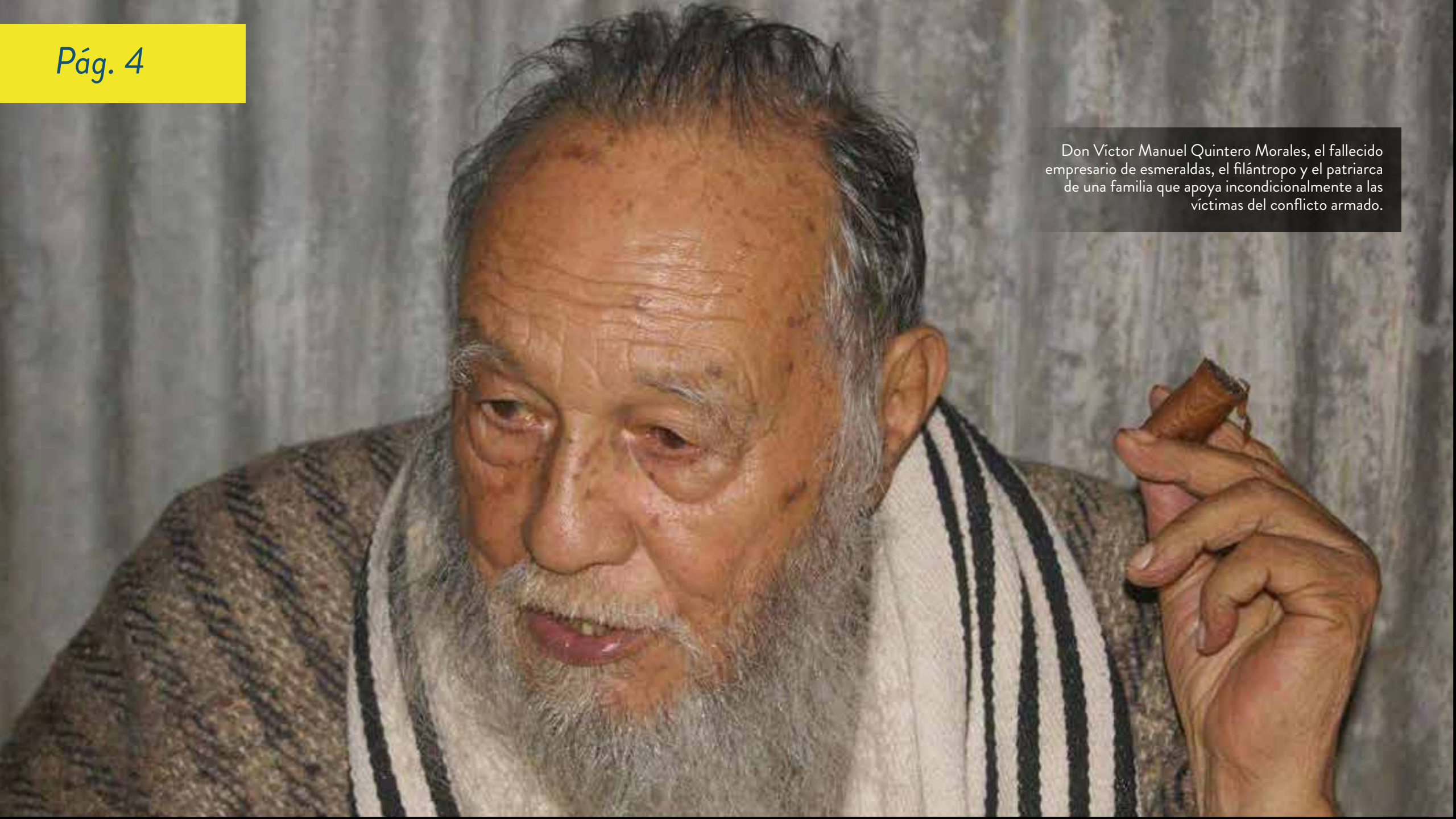
La verdad, en concepto de Wilson Quintero, fue que “la violencia no fue de nosotros” porque, antes de que los colombianos se convirtieran en dueños de las minas, “las multinacionales extranjeras sembraron el horror entre las comunidades de los pueblos donde había esmeraldas”.



El 11 de marzo pasado, durante la conmemoración del Día Internacional de la Mujer, María Quintero habló en nombre de sus familiares y expresó la satisfacción de todos ellos con la donación del lote en Cumaral para la construcción del Hospital de la Paz.



El empresario Wilson Quintero Ruiz, durante una entrevista con el Grupo de Relacionamiento y Comunicaciones de la Unidad de Investigación y Acusación.



Don Víctor Manuel Quintero Morales, el fallecido empresario de esmeraldas, el filántropo y el patriarca de una familia que apoya incondicionalmente a las víctimas del conflicto armado.

Víctor Manuel Quintero Morales nació hace 95 años en medio de una pobreza extrema, según su hijo Wilson Quintero. Su familia no tenía tierra y, gracias a las labores del campo, escasamente conseguía para la comida.

“Mi papá —al decir de Wilson Quintero— era de origen demasiado humilde. Donde vivían (los Quintero Morales), la tierra ni siquiera era de ellos. Fueron cinco hermanos y dos hermanas. Mi abuelo trabajaba alquilando unos bueyes y arando la tierra”.

El origen del capital de Víctor Quintero es tan de película como su vida misma. Siendo prácticamente un niño asistió al sepelio de un familiar suyo en Somondoco. Entonces le contaron que en las minas de esmeraldas de Chivor estaban pagando unos sueldazos (cinco centavos) y que los dueños eran estadounidenses e ingleses.

Tenía 14 años.

Con un hermano suyo, Víctor Quintero se le apuntó al viaje hasta Chivor para saber qué era lo que realmente había en las minas de los que, más adelante, él llamaría para siempre “los misteres”.

En el Alto Sauche —según la narración de Wilson Quintero—, los hermanos Quintero Morales fueron abordados por un grupo de hombres armados. En realidad, eran los encargados de la seguridad de la mina de esmeraldas de Chivor.

En principio, Víctor Quintero y su hermano no fueron mirados con buenos ojos por los hombres de la mina porque cada uno fue sorprendido con un cuchillo de cocina encima. Los dos muchachos, en consecuencia, fueron enviados a hablar con el mandacallar de la seguridad de la mina.

Fue un diálogo breve entre los tres. Víctor Quintero tomó la palabra y le dijo al capataz que ni él ni su hermano andaban en malos pasos, que les habían dicho que en Chivor la plata prácticamente caía del cielo y que, como la gente de bien, solo estaban interesados en conseguir trabajo.

Después de unos minutos de conversación, el hombre les preguntó a los dos chicos cómo se llamaba su papá. Al unísono, respondieron que Marco Tulio Quintero. “Pues yo me llamé Pompilio Quintero y soy primo hermano de su papá”, contestó el hombre con la alegría de haber encontrado accidentalmente a dos parientes suyos.

De inmediato, Pompilio Quintero les brindó atenciones y les regaló una carretillada con tierra de la mina para que probaran suerte, es decir, para que buscaran alguna pequeña esmeralda. La fortuna estaba con ellos ese día: encontraron varias.

Las mejores las vendieron en 12 pesos y guardaron otras. Según les contó Víctor Quintero a sus familiares, la plata de esas esmeraldas lo convirtieron en un adolescente acomodado. Les dio dinero a sus padres y a sus hermanos y se compró varios caballos. Pero la mejor noticia era otra: le dieron trabajo en la mina como cocinero.

Todos los días, sin excepción, Víctor Quintero tenía que cuidar los caballos de los místeres y también sus casas.

Para ese momento, y no obstante la confianza depositada en él por los patrones de la mina, Víctor Quintero tenía claro que su presencia allí no tenía justificación distinta a la de convertirse en un gran esmeraldero.

Y lo logró.

Tan es así que el primer dinero importante que consiguió lo encaletó con uno de sus hermanos. Marco Tulio Quintero, su padre, se dio cuenta del secreto de sus hijos y con esa plata compraron la finca donde vivían.

Pero no todo era dinero para Víctor Quintero. Entonces hizo un alto en el camino para prestar el servicio militar obligatorio en el departamento de Casanare. Para él eso era un honor, una obligación con la Patria.

Cuando se quitó el uniforme de soldado regresó de nuevo a las minas de esmeraldas. Pero esta vez con ganas de ser jefe. Para eso anduvo por todas las minas de esmeraldas de Boyacá y Cundinamarca.

Entonces empezó su leyenda, la leyenda de Víctor Manuel Quintero Morales, quien con escasos 25 años se fijó una meta casi que imposible de cumplir en ese momento: ser el dueño de la mina de esmeraldas de Chivor.

Ese sueño lo cumplió en 1981. Tenía 51 años.



El empresario Wilson Quintero, en la sede de la Unidad de Investigación y Acusación. Él se ha convertido en un defensor incondicional del Hospital de la Paz.



María Victoria Quintero es administradora de servicios y la vocera de la familia cuando hay que hablar de paz en Colombia.

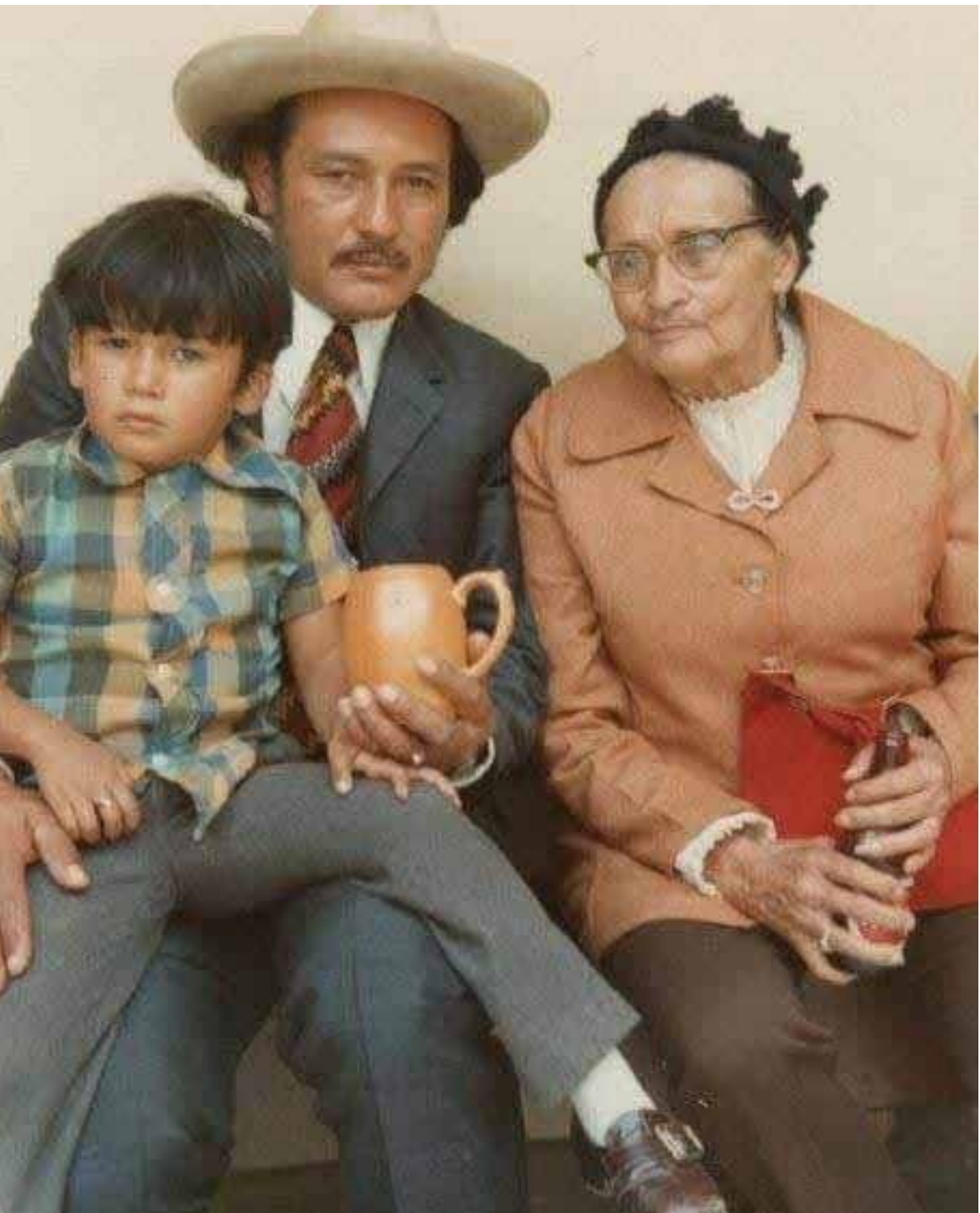
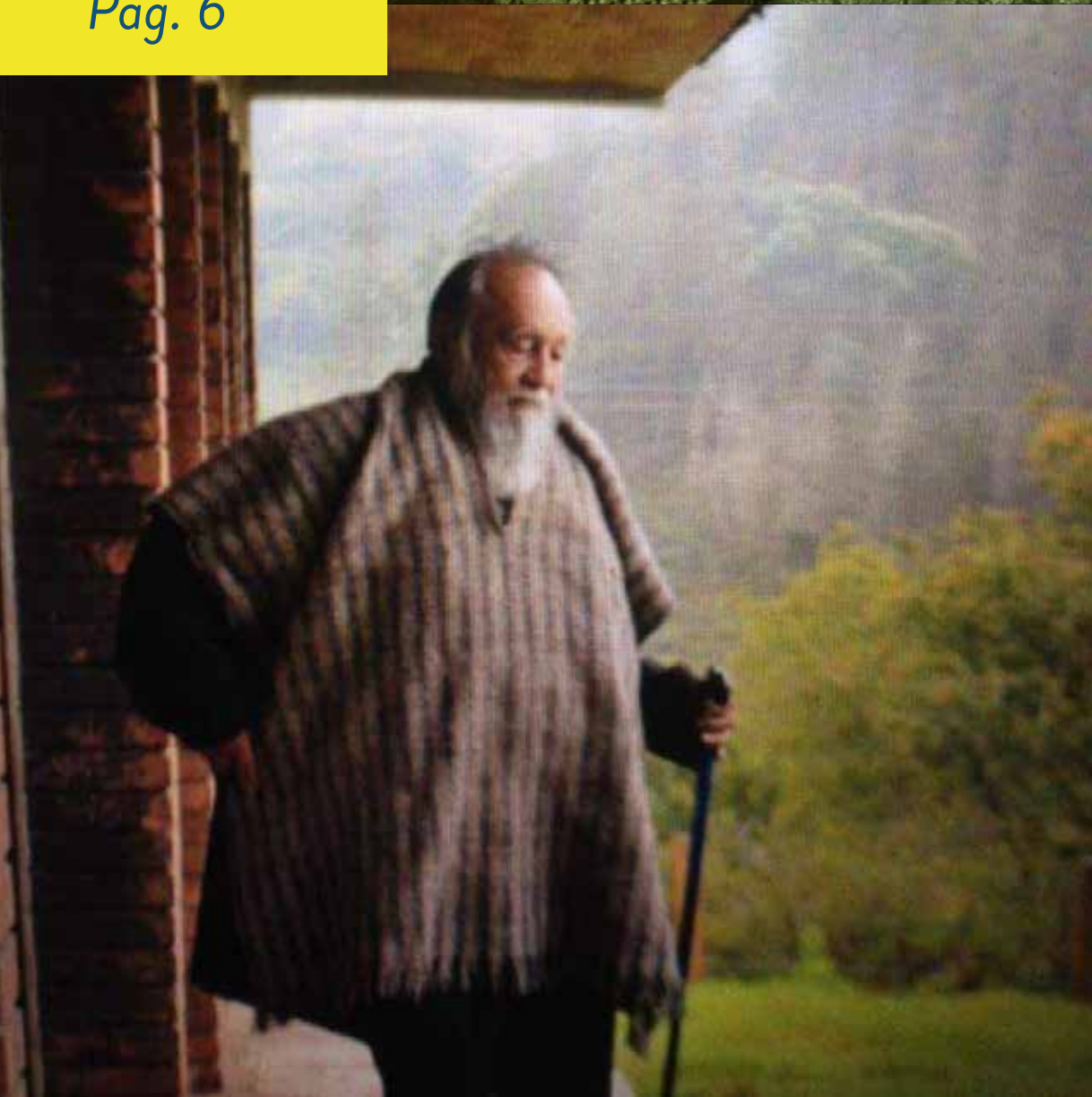


Mamá Pastora habló a nombre de las víctimas en el acto de agradecimiento a la familia Quintero por la donación del lote donde se construirá el Hospital de la Paz.



Doña Ana Elvira Ruiz de Quintero, en compañía de su nieta Karen Quintero, su hija Nancy Quintero y su nuera Paola Alvarado.





La infancia y adolescencia de los hijos de Víctor Quintero no fueron fáciles. *“Nuestra infancia siempre fue complicada, siempre con enemigos, siempre con mi papá perseguido. Es más, mis dos hermanas mayores tuvieron que vivir en un convento”*, contó Wilson Quintero.

En otras palabras, para mediados de los años 60, si bien en la familia Quintero había dinero, se adolecía de lo más importante: de tranquilidad.

“En ese momento mi papá ya era perseguido, perseguido para asesinarlo. Ya se había salvado de un atentado en el que casi pierde una mano”, agregó Wilson Quintero.

Tan poca normalidad había en la casa que Wilson Quintero recuerda que, si bien su papá era el hombre más cariñoso y responsable del mundo, sus primeros años los pasó prácticamente con alguien que fungió como papá y mamá: Nancy, una de sus hermanas mayores.

El motivo: su padre estaba siempre trabajando en las minas y, sobre todo, cuidándose de sus enemigos. En tanto, doña Ana Elvira Ruiz, su madre, se había convertido en parte importante de los negocios de su esposo y en una especie de ángel guardián para él.

Don Víctor Quintero, con su hijo Wilson y su señora madre, doña Sara Morales.

Si bien durante muchos años Víctor Quintero y Víctor Carranza fueron amigos, la relación empezó a deteriorarse hacia 1968. La razón: de una mina de Gachalá fueron sacadas las esmeraldas más grandes de que se tenga noticia en Colombia. Fueron bautizadas La Emilia y La Indiecita. La primera pesaba tres libras y cuarto y la segunda ocho libras y cuarto.

—¿Cuánto pueden valer esas esmeraldas?

—(Wilson Quintero) No tienen precio. Yo pienso que ese tipo de piedras no deberían tener dueño porque son patrimonio de Colombia. El lugar de esas esmeraldas deberían ser los museos, ojalá de nuestro país. La primera terminó en Estados Unidos y la segunda en Suiza.

De acuerdo con Wilson Quintero, la Indiecita fue encontrada por un minero llamado Tito Daza, quien le entregó la piedra a una chica que él cortejaba. Después de algunos meses, el padre de la mujer buscó a Víctor Quintero y le mostró la joya que tenía en su poder.

“¿Qué quiere?”, le preguntó Víctor Quintero al dueño de La Indiecita. En cinco millones de pesos de 1968 se negoció la gigantesca esmeralda.

Encartado con La Indiecita, Víctor Quintero se la entregó a un ciudadano judío para que la vendiera. Pero el extranjero falleció de repente y el rastro de la piedra se perdió.

Entonces apareció en la historia Víctor Carranza, quien, con movidas poco claras y sin que los Quintero lo supieran en ese momento, al parecer terminó como dueño de La Indiecita.

Años después vino un encontrón más entre los dos esmeralderos. Por diferencias con un lote de esmeraldas en una mina de Chivor, Víctor Quintero le dijo a Víctor Carranza: “Me compra o le compro”.

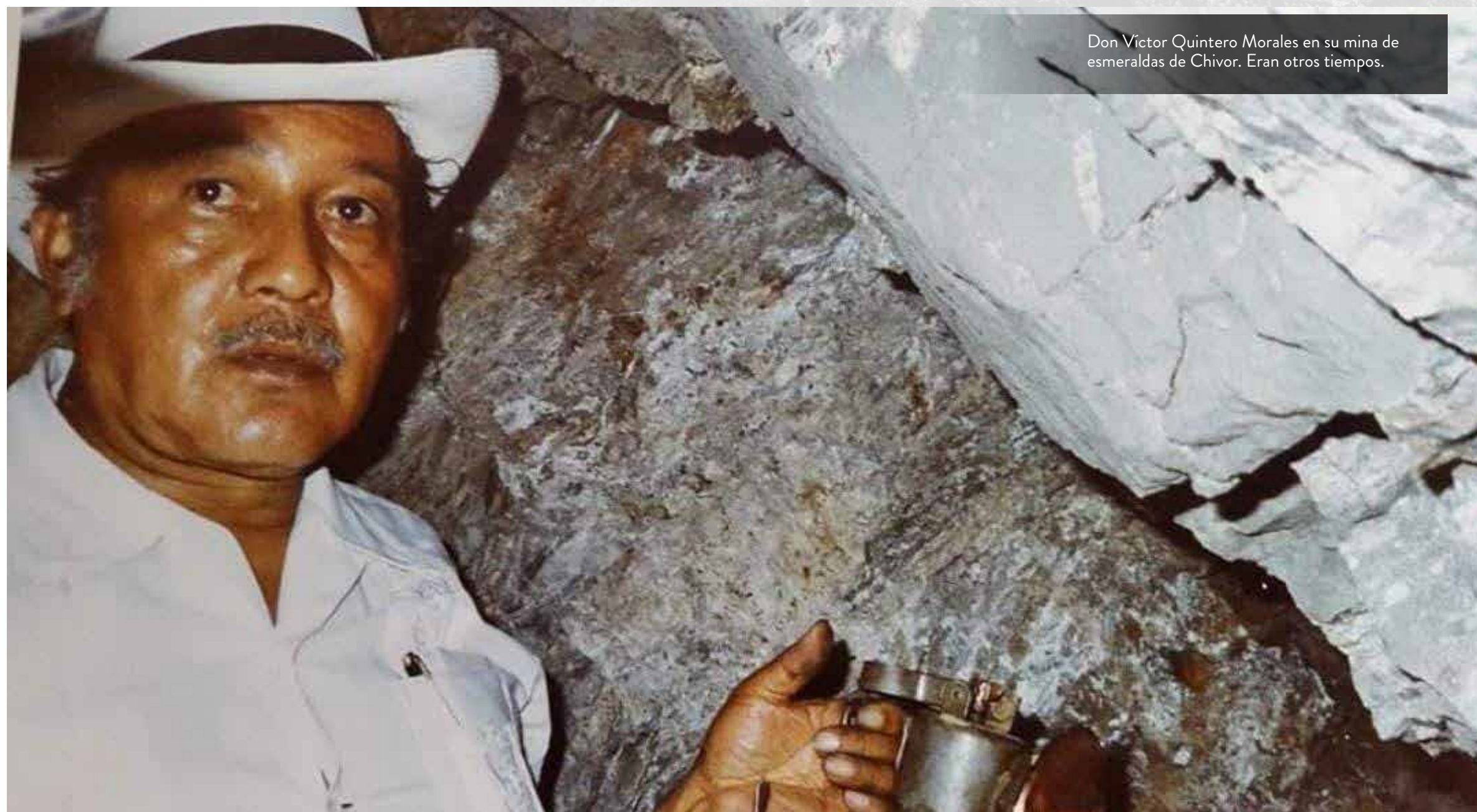
Y allí fue Troya.

“Carranza —sostuvo Wilson Quintero— no perdonó a la gente que apoyó a mi papá y le dio la espalda a él”. Entre 1998 y 2001 Carranza estuvo en prisión por presunta promoción de grupos paramilitares. Al final fue absuelto.

Para finales de los años 80, la bronca de Carranza hacia Víctor Quintero y su familia era pública. La de Carranza, opinó Wilson Quintero, “fue una persecución sistemática, no solo contra nosotros, sino contra muchas personas que no estaban de acuerdo con él”.

Para ese época, de las seis minas de esmeraldas más importantes del país, Víctor Quintero tenía el control sobre cinco, menos sobre la de Muzo o la de Carranza.

Entonces, al decir de Wilson Quintero, los enemigos de su casa “empezaron a planear cómo asesinar a la familia Quintero y cómo llevarla al exterminio”.



Don Víctor Quintero Morales en su mina de esmeraldas de Chivor. Eran otros tiempos.

“Yo siempre he creído que lo más poderoso que hay en el mundo es la oración. Mi papá oraba todos los días por sus amigos, pero también pedía para que sus enemigos dejaran de cometer tantas bestialidades. Tal vez por eso de mi familia, gracias a Dios, no se derramó una sola gota de sangre”, agregó Wilson Quintero.

En cambio, según Wilson Quintero, los amigos muertos de su familia se contaron por decenas tras la vendetta impulsada por sus malquerientes. *“Era una pelea de tigre con burro amarrado porque mi papá siempre hablaba de paz. ¿Cuál fue la respuesta a esa propuesta? Nos invadieron todas las minas”.*

Finalmente, en 1989, Víctor Quintero y su hijo Wilson tuvieron que salir corriendo para Miami porque en Colombia los iban a matar. Estuvieron en un hotel con pocas cosas que rescatar. Tal vez solo la imagen de un triste Víctor Quintero fumando tabaco junto a una ventana y mirando al infinito.

Víctor Quintero murió a finales de julio de 2015. Tenía 85 años.

Casi 10 años después, su hijo Wilson Quintero se lamenta aún de que a su padre prácticamente nadie le reconoció sus aportes al proceso de paz entre los esmeralderos del país.

Doña Ana Elvira Ruiz de Quintero, en momentos en que firma los documentos que dan cuenta de la donación del lote en Cumaral, Meta, para la construcción del Hospital de la Paz.



El director de la UIA, Giovanni Álvarez Santoyo, se saluda con Nancy Quintero Ruiz durante un evento realizado en la sede de la entidad. Testigo del saludo es doña Ana Elvira Ruiz.



El director del Fondo Colombia en Paz, Wilmer Leal, y el fiscal de la JEP, Giovanni Álvarez.

Pilar Rueda, asesora de la Unidad de Investigación y Acusación y quien ha sido fundamental en el proyecto del centro especializado para víctimas de violencia sexual.



La familia Quintero en la sede de la Fiscalía de la JEP. Doña Ana Elvira acompañada de dos de sus nietas, de su nuera y de sus hijos Nancy y Wilson.

En agosto de 2019, el Premio Nobel de Paz Denis Mukwege estuvo de visita en nuestro país y les aconsejó al director de la Unidad de Investigación y Acusación, Giovanni Álvarez, y a su asesora Pilar Rueda, la construcción en Colombia de un centro médico especializado para víctimas de violencia sexual con ocasión del conflicto armado.

Después de varios fallidos acercamientos con las autoridades del Meta para construir el hospital en Villavicencio, y gracias a la oportuna mediación del líder cívico Franklin García, apareció la mano generosa de la familia Quintero Ruiz.

Enterado de que el Hospital de la Paz no se iba a construir en Villavicencio, García hizo contacto con funcionarios de la Unidad de Investigación y Acusación y les contó que la familia Quintero Ruiz quería que ese proyecto no saliera del Meta y que, por tanto, estaba interesada en donar los terrenos para que el centro especializado se hiciera en el municipio metense de Cumaral.

Entonces García presentó a Wilson Quintero y a sus familiares con los servidores de la Unidad de Investigación y Acusación. A partir de ese momento empezaron los trámites para que un lote de casi ocho hectáreas en Cumaral pasara a manos del Ministerio de Salud para la construcción del Hospital de la Paz.

No le fue difícil a Wilson Quintero convencer a su mamá, doña Ana Elvira Ruiz (propietaria del lote), que sería un aporte magnífico para la paz de Colombia la donación del lote y la consecuente construcción del centro especializado para víctimas de violencia sexual.

“Hay que dar de lo que a nosotros nos ha dado Dios”, les dijo —el 11 de marzo pasado— doña Ana Elvira Ruiz, a sus más 90 años, a 50 mujeres víctimas del conflicto armado que se reunieron en Bogotá para conmemorar el Día Internacional de la Mujer.

En ese mismo acto, el fiscal Álvarez Santoyo tomó la palabra y dijo: *“Quiero darles las gracias a doña Ana Elvira, a sus ocho hijos, a sus 15 nietos y en general a toda su familia por la donación que han hecho para las víctimas del conflicto armado”*, entre otras cosas, porque *“poca gente quiere donar tierra, poca gente quiere darles a los demás”*.

Acto seguido, las mujeres víctimas de violencia sexual le entregaron una placa a doña Ana Elvira como muestra de sus gratitud eterna por la donación. *“Yo voy a llorar de alegría. El de hoy es el regalo más grande que ustedes (miembros de la familia Quintero) han podido hacer a todas las víctimas de violencia sexual de este país”*, concluyó Mamá Pastora, una víctima del departamento de Putumayo.

“Permítame, respetuosamente, darle un abrazo de agradecimiento”, le dijo el director de la UIA, Giovanni Álvarez, a doña Ana Elvira Ruiz el día que se oficializó la donación del lote en Cumaral para el Hospital de la Paz.



Doña Ana Elvira Ruiz, en la firma de los documentos para la construcción del Hospital de la Paz en Cumaral. La acompañan sus familiares, el fiscal Giovanni Álvarez y víctimas del conflicto armado.

Las víctimas del conflicto armado son las verdaderas dueñas del Hospital de la Paz. En la imagen, Joel Toscano se dirige a otras víctimas.



El director de la UIA, Giovanni Álvarez, y el empresario Wilson Quintero.

Jhenifer Carolina Torres no se arredra ante nada. Esta valiente mujer por poco pierde la vida luego de la explosión de un carro bomba en San Martín, Meta, en agosto de 2003.

La increíble
historia de la valiente

Jhenifer
Carolina Torres

Lo que más recuerda Jhenifer Carolina Torres de su infancia en el municipio metense de San Martín —antes de la explosión del carro bomba que casi la mata— es la presencia de paramilitares y de hombres en motocicletas a la zaga de niñas de 10 y 11 años.

La situación de orden público en el caluroso San Martín, a principios de este siglo, “era terrible”, entre otras cosas, porque “había mucho paramilitar y mucha gente en moto que uno sabía que no eran ganaderos”, explicó hace poco Jhenifer Carolina en una conmovedora entrevista en Villavicencio con el Grupo de Relacionamiento y Comunicaciones de la Unidad de Investigación y Acusación de la JEP.

Es más, agregó la corajuda mujer de 35 años, en San Martín “había mucho proxeneta buscando a las niñas para reclutarlas, para llevarlas a vender, niñas desde los 10 o 12 años. Esos tipos, apenas (las chiquillas) empezaban a coger cuerpito, empezaban a llamarlas a ofrecerles plata y a ofrecerles comodidades”.

Por fortuna, Jhenifer Carolina no fue víctima de esas atrocidades y, por el contrario, sus primeros años transcurrieron entre el juego y amor de sus padres y sus hermanos.

“Tuvimos una infancia con muchas carencias, con muchas necesidades, pero fuimos muy felices. En mi familia todo fue muy bonito. Éramos muy unidos. Todavía me veo jugando descalza. En el colegio hubo mucha indisciplina. Mi mamá pintaba muebles y aún tengo en mi nariz el olor a pintura, a laca y a tñer”, añadió Jhenifer Carolina, quien fue la quinta de ocho hermanos: seis mujeres y dos hombres.

Sin embargo, toda esa infancia de risas y de juegos se truncó para Jhenifer Carolina —a los 13 años— el 10 de agosto de 2003 por culpa de la guerrilla.

Fue un domingo por la noche.

“Mi mamá tenía una heladería enseguida de la cafetería Punto Rojo, que era como las más lujosa del pueblo. Mi mamá, por su parte, tenía arrendada una modesta heladería. Cuando nosotros salíamos del colegio, nos íbamos para allá a remplazar a mí mamá, para que ella se fuera para el otro negocio, es decir, a pintar muebles.

“Yo tenía 13 años.

“Mi mamá se levantaba a las cinco de la mañana. Ese día se fue a atender el



A Jhenifer Carolina Torres no le molesta exhibir las graves lesiones que le causó la explosión de un carro bomba cuando tenía 13 años.

negocio y como a las nueve volvió por un café y una fruta para hacer el jugo. 'No vayan al negocio hoy. Quédense organizando la casa', nos dijo mi mamá.

"En todo el día no fuimos al negocio. Como a las seis y media (de la tarde) o siete (de la noche) pegamos para allá, es decir, para la heladería. Éramos mi hermana menor y mi hermanito de 21 meses que estaba aprendiendo a caminar.

"Ese día estaba lloviendo mucho.

"Por ahí a las siete y media pasó el accidente (o la explosión del carro bomba). La explosión del camión con marranos fue diagonal al semáforo. Yo estaba afuera de la heladería de mi mamá. Cuando explotó el carro, yo no sentí el estallido. Yo sentí fue un corrientazo por todo el cuerpo. Yo pensé que me había caído un rayo.

"Yo estaba sentada y me caí al piso.

"Cuando yo volví en sí, mi mami (Margot Romero) estaba gritando: 'Dios mío, ayuda, ayuda. Un carro bomba, un carro bomba. Mis hijos, mis hijos'. Aunque me faltaba el aire, yo intenté pararme y no pude. Yo miraba todo como en cámara lenta, como en las películas: el ruido, las cosas cayéndose, el humo.

"Me miré mi estómago y vi que tenía los intestinos afuera. Yo lo único que hice fue tratar de metérmelos con mis manos, pensando que tenía las dos manos buenas. Mi madre me miró y gritó: '¡Mi niña, mi niña!'. Ella tenía una blusa, se la quitó, quedó en brasieres y me tapó con ella para que no me cayeran más escombros.

"Mi mamá me levantó como a una bebé, entró conmigo al negocio, se atrancó en algo y nos caímos las dos. Ahí sí sentí dolor. 'Ay, mamá', le dije. El primer carro que llegó a auxiliarnos fue el de los bomberos. Los bomberos me recogieron y recuerdo que le dijeron a mi mamá: 'Señora, su hija está muy mal'. Nos subieron al carro, a dos heridos más y a mí, y nos echaron para el hospital.

"Yo recuerdo por partes: en cada abierta y cerrada de ojos eran como dos cuadras. Cuando me pasaron a la camilla (en el hospital), el médico dijo: 'Esta niña no se salva'. Me entraron, me pusieron vendajes y me sacaron en ambulancia para Granada (Meta). En Granada me entraron por urgencias, me cortaron el pantalón y me entraron de una vez a cirugía.

"Cuando desperté, ya estaba en Bogotá (en la Fundación Cardioinfantil). No sé cuánto tiempo duré inconsciente. Mi mamá no se vino conmigo (para Bogotá) porque tenía que buscar a mis hermanos. Gracias a Dios a ellos solo los afectó el estruendo, el ruido, los oídos. Prácticamente salieron ilesos".

Hace un mes, durante un Encuentro Territorial de Participación Social en Villavicencio, Jhenifer Carolina Torres contó su historia de dolor e hizo que todos los presentes lloraran con ella.





En la fotografía de la izquierda, Jhenifer Carolina Torres exhibe un jarrón roto que, para ella, es como su vida misma: se puede restaurar, pero las cicatrices siempre estarán ahí. En la imagen de la derecha se ve claramente la lesión en su brazo.



La cruda realidad

“La psicóloga le dijo a mi mamá: ‘Bueno, mamita, ¿está preparada para ver a su hija?’. Le explicaron el estado en que me iba a encontrar. Le dijeron que yo estaba estable, aunque no bien. Mi mamá dijo que quería verme. Ella cuenta que pasó dos veces por el lado mío y no me reconoció.

“La psicóloga y la médica le dijeron: ‘Ella es Carolina’.

“Yo estaba totalmente hinchada. No se me veían los ojos por la hinchazón. Estaba (intubada) y con cables por todas partes. Los médicos y las enfermeras me decían ‘la Niña Milagro’.

“Cuando desperté, lo primero que quise fue hablar, pero no pude porque estaba (intubada). Quise escribir, pero mi mano no la sentía, no tenía movilidad. Con la otra mano (la izquierda) medio escribí y pedí agua porque tenía mucha sed.

“No recuerdo si fueron dos o tres meses que duré con los intestinos y el estómago afuera. No me podían dar alimentación. Todo era líquido, a través de un catéter. Mi mamá lo único que hacía era mojar gasitas con agua para que no se me secase mucho la boca.

“No lo tengo claro, pero, con recuperación y todo, en la clínica estuve como un año. Me tocó aprender de nuevo a caminar porque estuve mucho tiempo acostada. Cuando me fui a parar, los pies no me respondieron. En la clínica todo fue muy difícil. Cuando empezaron a darme comida, todo lo vomitaba.

“Cuando salí de la clínica, los médicos y las enfermeras me hicieron una calle de honor. Todos me felicitaron. Me abrazaron. Me dijeron que yo era una niña muy valiente. Allá hice muchos amiguitos. Muchos no sobrevivieron porque eran enfermitos del corazón. Cuando uno de ellos se moría, yo le decía a mi mamá: ‘Mami, yo también me voy a morir’. ‘No diga esas cosas, hija’, me respondía.

“Cuando traté de volver a la vida normal, las cosas se pusieron peores porque recibí mucho ‘bullying’ (o persecución) en el colegio. En vez de recibir apoyo de mis compañeros, recibí muchas burlas. Me decían ‘sobrado de carro bomba’, ‘sobrado de marrano’, ‘remendada’. Me pusieron todos los apodos. Yo lloraba mucho por eso.

“Los profesores me ayudaron bastante. Iban a mi casa y, con mucha comprensión, me obligaban a ir al colegio. En un paseo de fin de año, varios profesores convencieron a mi mamá de que me dejara ir. A lo último me dejó ir, pero con muchas recomendaciones”.

De niña a mujer

—¿Qué pasa en su vida cuando deja de ser niña y se convierte en mujer?

—Hasta el día de hoy, yo he sufrido mucho con eso (o con las lesiones, sobre todo dos inmensas: una en el brazo derecho y otra en el estómago).

—Pero usted es muy bonita...

—Yo nunca me he sentido bonita. Yo sí me maquillo, pero una cosa es maquillarse y otra mirarse al espejo y sentirse y verse bonita. Todos los días me levanto y, en ropa interior, me miro al espejo. Me miro el abdomen y me miro el brazo. No pasa un día que no lo haga.

—¿Ve alguna solución para eso?

—Si tuviera la plata para hacerme una cirugía reconstructiva, ya me la hubiera hecho. Yo sé que las cicatrices no se van a ir del todo de mi cuerpo, pero sí quiero que me las mejoren porque me quiero sentir bien.

—¿Qué pasó cuando llegó a la adolescencia?

—En mi adolescencia yo me sentía la más horrible. A mí me daba duro ver que mis amigas tenían novio y que a mí nadie se me acercaba, que (los muchachos) pensarán “yo que me voy a meter con ella, mire como está”.

—¿Cómo le fue con el primer novio?

—Dijeron que él se había cuadrado conmigo por un reto, por una apuesta. Cuando yo me enteré, me dio durísimo. Yo pensé que le gustaba (risas).

—¿Y a usted quién le contó eso?

—Las amigas. Después le dije a él que era un estúpido (risas). Le dije que no era justo que jugara con mis sentimientos si sabía que me gustaba.

—¿Qué pasó luego?

—Llegó el papá de mis hijos. Después del novio que tuve, uno queda muy vulnerable y llegó una persona a mi vida mucho mayor que yo. Entonces me dejé convencer y tuve mi primer hijo a los 18 años.

—¿La lesión en el estómago fue problema para el embarazo?

—Sí, claro. Yo tuve un parto complicado. Cuando iba a dar a luz el médico me dijo: “¿A usted qué fue lo que le pasó?”. Cuando tuve mi tercera hija, el ginecólogo me preguntó lo mismo: “¿A usted qué fue lo que le pasó?”. Le conté y él ahí mismo dijo, antes de practicarme la cesárea: “Que sea lo que Dios quiera”.

—¿Aún vive con su esposo?

—No, él se fue, me dejó. Se fue con otra mujer que considero es más bonita que yo.

—¿Pero tiene trato con él?

—No, para nada, ni con mis hijos. Ni siquiera los llama. Se olvidó completamente de ellos. Soy una madre soltera guerreándola con esos muchachos.

—¿Cómo ha sido su vida laboral? ¿Ha sido fácil para usted conseguir empleo?

—No, se me dificulta mucho. Cuando son empresas privadas, y lo mandan a uno a exámenes y a valoración con el médico, eso se vuelve un lío. Hace un año hice un curso de seguridad para trabajar como vigilante en una zona petrolera. El médico que me valoró me dijo: “Yo no la voy a rajar (en el examen) porque usted no va a manejar armamento, pero si fuera a manejar armamento no la podría pasar”. Le pregunte que por qué. “Por su brazo”, me contestó, y no me dio más explicaciones.

—¿Qué sintió la primera vez que vio cómo había quedado su cuerpo?

—Eso fue con el médico. Él me dijo que si quería verme. Le contesté que sí. Él alcanzó un espejo y vi que el brazo lo tenía lleno como de bolitas de icopor. Yo nunca pensé que la lesión fuera tan grande. Yo salí de ese consultorio llorando. Estaba con mi hermana. Cuando salimos, me senté a llorar en una banquita y una psicóloga se me arrimó a darme ánimo. Me dijo que hubiera sido peor haber perdido el brazo. Le respondí que no era justo, que yo antes tenía los dos brazos buenos. Hoy en día doy gracias por tener el brazo, así sea con la lesión.

—¿Qué opina del proceso de paz que firmaron el gobierno y las FARC?

—Yo creo que hay más beneficios para ellos (los guerrilleros) que para nosotros. Desde hace 22 años yo soy víctima y el Estado a mí no me ha indemnizado. Solamente me pagaron la hospitalización y ya. Hoy en día estoy buscando que me acrediten como víctima, que me paguen, que me indemnicen. No me den plata, pero páguenme la cirugía reconstructiva que yo quiero.

—¿Siente odio por sus victimarios?

—Yo no los odio. Ellos siguieron una orden (de hacer explotar el carro bomba) y si no la cumplían la vida de ellos era la que estaba en riesgo.

—Si tuviera la oportunidad de hablar con los que fueron los jefes de la otrora FARC, ¿qué les diría?

—Que se pongan la mano en el corazón y que hablen con la verdad. Que digan tal cosa sí la hicimos, que sean conscientes del daño que hicieron. Ellos viven mejor que uno. Tienen más privilegios que uno.

—¿Qué tal son sus hijos?

—Son un amor. La hija menor me da picos en el brazo y me dice: “Mami, tú eres muy linda”. Mis hijos me defienden a capa y espada. Tienen 16, 13 y 9 años. Ellos me aman. Somos muy unidos.

—¿En qué está trabajando ahora?

—En un bar donde se vende trago (o licor) y hay una bolirana. Eso me da para pagar un arriendo y para pagar una comida, pero para nada más.

—¿Tiene algún complejo todavía con lo que le pasó?

—No sé. El tema de las cicatrices para mí es muy delicado. Le repito: si tuviera la plata, ya me hubiera hecho operar, a ojo cerrado.

—¿Sueña con lo que le pasó ese fatídico día?

—A veces. Me sueño como en una avalancha de agua negra y yo voy en ella. Es un río caudaloso, como con escombros. Es una pesadilla de la que me levanto asustada y lo primero que hago es ir a mirar a mis hijos.

—¿Se ha vuelto a enamorar?

—En este momento estoy soltera. Estoy comprometida con el proyecto de mi vida que es la cirugía reconstructiva. Y el otro proyecto es hacerles una casita a mis hijos.



Jhenifer Carolina Torres tiene dos metas a corto plazo en su vida: practicarse una cirugía para que las lesiones en su cuerpo no sean tan notorias y conseguirles una casa a sus hijos.





“La educación es fundamental para la paz”,

dice campesino de Cimitarra víctima del conflicto armado

El activista Joaquín Humberto León, durante el Encuentro Territorial de Participación Social que la Unidad de Investigación y Acusación realizó en Bucaramanga.

Joaquín Humberto León se ha gastado los 58 años de su vida repitiendo dos palabras que para él son como una obsesión: paz y educación.

“Me urge la paz. La paz es una necesidad para mi familia y para mí”, le dijo León al Grupo de Relacionamento y Comunicaciones de la Unidad de Investigación y Acusación durante una amena entrevista en un hotel del centro de Bucaramanga.

Pero ¿por qué esa fijación con la paz? León no se demoró dos segundos para responder esa pregunta: *“Porque he sido víctima de la guerra”*.

Una guerra que él conoce desde niño en su natal Cimitarra, un caluroso pueblo del departamento de Santander golpeado como pocos en Colombia por el conflicto armado.

Cuando tenía unos 25 años, León fue secuestrado por los paramilitares en la población santandereana de La Belleza. Los ilegales lo tuvieron amarrado y humillado durante mes y medio.

Los secuestradores lo sindicaron de ser cercano a las guerrillas. *“Pero —advirtió— yo nunca he pertenecido a ningún grupo armado”*.

Era 1991.

Tal vez a los paramilitares, en esa época, no les gustó que León hiciera parte de la ATCC o la Asociación de Trabajadores Campesinos del Carare, una organización que, en palabras del activista, tenía como objetivo *“sentar a los grupos armados para que nos dejen quietos”* a los civiles.

Entonces, tras el secuestro de 45 días, empezaron los desplazamientos para León por todo el país. Han sido tantos que, según dijo, *“si se los cuento todos, en un día no terminamos”*.

Por culpa de los paramilitares y de la guerra *“me tocó salir de Cimitarra y no ver crecer a mis hijos”*, recordó León, cabizbajo y con la voz triste.

Primero aterrizó en el sureño departamento de Putumayo. Anduvo por Villagarzón y también por La Hormiga. Desterrado por los violentos, se dedicó al comercio y en el segundo de los mencionados municipios tuvo dos restaurantes.

“A mí siempre me ha gustado estar donde están el trabajo y el dinero”, observó León, un hombre blanco y fornido, padre de cinco hijos y quien actualmente se dedica en Cimitarra a la compra y venta de plátano y yuca.

Pero cuando creyó que el conflicto armado ya no era con él, los paramilitares lo ubicaron de nuevo en Putumayo. En consecuencia, le tocó salir corriendo para el

departamento de Arauca, donde se empleó con empresas del sector petrolero.

En 2017, por fin, regresó a su Cimitarra del alma.

Dieciséis años después se volvió a encontrar con sus amigos y con su familia, pero también con sus malquerientes. *“Lo corrieron los paramilitares. ¿Usted qué está haciendo aquí?”*, le dijeron estos últimos a un intrépido y osado León.

Pero una cosa pensaba León y otra sus hijos, sobre todo sus hijas. Ellas no se sintieron seguras en Colombia y optaron por irse para España. La segunda de ellas se llevó a la mayor, la mayor a la tercera y las tres a la vez —este año— al menor de los hijos.

Viven en Madrid y Canarias.

Hasta el cansancio, las hermanas León le han rogado a su terco padre que se vaya a vivir con ellas a España, que ya está bueno de su activismo en Colombia. Pero *“yo no viajo porque tengo mucha empatía con las víctimas. Quiero ver algún día algo bien en mi pueblo, algo que subsane”*.

De acuerdo con León, una alternativa interesante para subsanar a las gentes de su municipio tiene nombre propio: la Jurisdicción Especial para la Paz. A través de ella —enfaticó— quiero *“mirar algún proceso de paz en mi pueblo”*.

Una paz que León quiere impulsar con los varios miles de víctimas de Cimitarra y cuyo Comité Municipal de Víctimas él coordina.

Ayudarles a las víctimas, precisó León, *“es algo que me corre como por la sangre desde niño”*. De hecho, él quiere *“hablar por el que no puede hablar porque le da pena, porque le da miedo, porque todo el mundo no nació para eso, esto es, enfrentarse con la ley, enfrentarse con los grupos armados, enfrentarse con la JEP o enfrentarse con la Fiscalía”*.

Pero cuidado, advirtió León, *“cuando digo enfrentarse es buscar alternativas y buscar caminos para que haya procesos para que las víctimas algún día sean reconocidas”*.

—¿Qué les diría a quienes no creen en la paz de Colombia?

—Es difícil convencerlos porque ellos ya tienen un chip y es que la paz no existe. La paz debe existir desde nuestra casa, desde nuestro corazón, desde nuestro pueblo. Si yo no ando en paz con el vecino, con el pueblo, con la comunidad, entonces no va a haber una paz general.

Educación, la base de todo

No todo ha sido fácil en la vida de León. Él reconoce que tiene un talón de Aquiles que no lo dejó llegar más lejos: su escasa preparación académica.

“Dentro de la paz está el estudio. La persona estudiada no piensa en cosas malas. La persona que no estudia piensa en lo fácil: la plata”, indicó León, quien está seguro de que *“si a nuestros nietos les dejamos estudio, que en su momento por la violencia no tuvimos nosotros, ellos van a ser otras personas”*.

Tan convencido está León de la importancia de la educación que, según él, las indemnizaciones en dinero para las víctimas del conflicto armado están en un segundo plano.

Una prueba al canto, para demostrar lo dicho:

“Yo le decía a la Unidad de Víctimas: esos cuatro millones de pesos que me van a dar (por toda la violencia que sufrí), cámbiemelos por la universidad para mi nieto. Me dijeron que no se podía. Entonces yo respetuosamente respondí: ‘Entonces no me dé nada’. ¿Para qué yo cuatro millones si a los ocho días no tengo nada? Eso no me alcanza para decirles a mis hijos vamos por ejemplo a conocer el mar”.

Y una más:

“Yo les digo a las víctimas (de Cimitarra): ‘No busquemos dinero porque a veces las víctimas no estamos preparadas para tener plata”.

Entonces, si no es plata, ¿qué otra reparación —aparte de la educación— quiere León para él y las demás víctimas de Cimitarra?

“Yo creo que la reparación para las víctimas debe ser la verdad”, comentó León, quien a renglón seguido apuntó que *“parte de la paz de este país es conocer la*

verdad. Si no conocemos la verdad, no vamos a tener paz. Conocer la paz es un alivio”, entre otras cosas, porque *“la guerra le sirve al que le gusta”*.

—¿Qué más pide como víctima del conflicto armado?

—Servicio de salud porque, a los que nos ha tocado la violencia, somos enfermos de una cosa u otra.

—¿Ha desfallecido en sus luchas?

—Tengo a mi madre viva y ella me dice: ‘Mijo, ¿se me va a hacer matar?’ Y yo le respondo: ‘Solamente Dios sabe si algún sinvergüenza me quiere a quitar la vida’ (...) Los atropellos han sido grandes, pero por las ganas de vivir y ver crecer a mis hijos, sigo ahí. No le pongo cuidado a esas cosas.

—¿Alguna otra reflexión sobre el estudio?

—Sí, que hoy veo que, si hubiéramos estudiado, no hubiera habido violencia en mi pueblo. Pero éramos campesinos, gente de labrar. Yo a mis nietos les digo: ‘Estudien para que no sean lo que yo fui (...) A mí, por ejemplo, me toca volear machete todavía y me toca fumigar. Si hubiera estudiado, a lo mejor sería un profesor, alguna cosa en la que no hubiera tenido que asolearme.

—¿Qué opina de sus victimarios?


—Yo me he reunido con los que me amarraron. Ellos me pidieron perdón. Yo les dije: A mí no me pidan perdón, pídanse perdón ustedes mismos porque lo que le hicieron a la gente y, sobre todo, contribuyan con la verdad.



Aunque sus hijas le han pedido que se vaya a vivir con ellas a España, Joaquín Humberto León les ha dicho que no hasta que la paz llegue a su Cimitarra del alma. Aquí, el líder cívico participa en una de las actividades realizadas por la UIA en la capital santandereana.

Joaquín Humberto León aprovechó el encuentro de Bucaramanga para exponerle al director de la Unidad de Investigación y Acusación, Giovanni Álvarez Santoyo, sus puntos de vista sobre la paz para el país.



A portrait of Pilar de la Torre, a woman with short, wavy brown hair, wearing a white button-down shirt. She is looking slightly to the right of the camera with a gentle smile. The background is a blurred outdoor setting.

Si a una víctima
“le hablas de
entrada de perdón
su corazón
se cierra”,
dice experta
Pilar de la Torre

Reconstrucción emocional
y social:

De cómo aplicando
la Comunicación No
Violenta (CNV) se
acompaña a las víctimas
del conflicto armado.

En contextos de violencia estructural, como el del conflicto armado colombiano, las víctimas cargan con heridas profundas que trascienden lo físico: dolor, rabia y miedo se entrelazan en su memoria. ¿Cómo abordar estas emociones sin revictimizar?

El Grupo de Relacionamiento y Comunicaciones de la Unidad de Investigación y Acusación de la JEP entrevistó a Pilar de la Torre, psicóloga y terapeuta, experta certificada del *Center for Nonviolent Communication* de Estados Unidos y fundadora del *Instituto para la Comunicación No Violenta (CNV)* de España.

Desde Madrid, la capital española, De la Torre habló sobre las claves para un acompañamiento centrado en la conexión humana, más que en soluciones prefabricadas.

La energía del acompañamiento: presencia antes que herramientas.

UIA: ¿Cómo puede la Comunicación No Violenta ayudar a las víctimas del conflicto armado a procesar emociones como el dolor, el miedo o la rabia?

PDLT: Antes de hablar de técnicas o de formas, hay un elemento previo y fundamental: la energía con la que acompañamos. Si voy a estar con personas que han sufrido lo indescible, debo hacerme cargo de qué estimula su dolor dentro de mí.

La neutralidad es una ilusión si no hay trabajo personal detrás. El principal aporte es llevar una presencia sin agenda, que acoja sin juicios. No querer consolar, ni que el trauma desaparezca, ni siquiera que la persona ‘sane’. Validar antes que “arreglar”. Se trata de hacer espacio a todo lo que surge.

Entonces decimos que un primer gran paso es la autoconciencia del acompañante: reconocer cómo el dolor ajeno resuena en sí mismo.

En un trauma la persona suele quedarse en “tú eres la causa de mi dolor”. Esa narrativa la atrapa porque el pasado no puede cambiarse. La Comunicación No Violenta ayuda a hacer espacio a ese dolor, a escucharlo y a validarlo, pero también a conectar con la necesidad insatisfecha detrás: seguridad, reconocimiento, calor humano. No juzgamos los hechos, reconocemos su impacto.

UIA: ¿Cómo fomenta la Comunicación No Violenta una sanación genuina?

PDLT: No forzando la “sanación”. El acompañamiento no es un programa lineal. Si decimos “deja el pasado atrás” o “perdona para sanar” imponemos nuestra agenda.

La reparación surge cuando la persona se siente escuchada en su necesidad más profunda, no cuando cumple expectativas externas.

La Comunicación No Violenta no ofrece fórmulas mágicas, sino un marco para honrar el dolor sin quedarse atrapado en él. Buscamos un camino de conexión, no de corrección.

Acompañar es estar dispuesto a sostener el caos emocional del otro, confiando en que, al conectar con sus necesidades, encontrará su propia fuerza para seguir. Eso es reparación auténtica.

UIA: Pero ¿y por dónde empezar?

PDLT: Empecemos por escuchar sin intentar “resolver”, o reconociendo nuestras propias heridas antes de tender la mano a otras.

La paz no es la ausencia de dolor, sino la presencia de un espacio donde el dolor puede ser nombrado y, desde ahí, transformado.

El perdón en víctimas de violencia: ¿meta o proceso?

En el camino de reparación de víctimas de violencia extrema —sexual, armada o cualquier expresión de violencia—, el perdón suele presentarse como un requisito para “sanar”. Pero ¿es realmente el perdón un punto de partida?

UIA: Es evidente que muchas víctimas siguen manteniendo odio y el perdón para ellas sigue estando muy lejano. ¿Cómo podría la Comunicación No Violenta tratar de ayudar a las víctimas a lograr el perdón?

PDLT: En casos de violencia atroz, como la sexual, yo no buscaría el perdón en lo absoluto. Si a una persona traumatizada le hablas de entrada de perdón su corazón se cierra.

Primero necesita ser escuchada, acogida y reconectada con sus necesidades. El perdón —si llega— debe ser espontáneo. De lo contrario no es perdón, es imposición. El perdón no es un punto de partida. Eso sería empezar la casa por el tejado.

El error común de presionar a las víctimas a perdonar, como si fuera un paso terapéutico, no hace parte de la práctica de la Comunicación No Violenta.

En la Comunicación No Violenta no trabajamos con el perdón. Trabajamos con la empatía. Proponemos un camino de empatía hacia sí mismas antes de mirar al agresor.

UIA: Entonces, ¿en qué momento se le habla de perdón?

PDLT: Cuando alguien ha vivido los horrores de la guerra, lo último que necesita es que le hablen de perdón. Primero la persona debe ser reconocida en su dolor. Hay que reconstruirle su humanidad.



Respecto de las víctimas, dice la experta De la Torre, “forzar el perdón es una revictimización disfrazada”. En la fotografía, víctimas de Santander y del Magdalena Medio.

Repito: la Comunicación No Violenta no trabaja con el perdón, sino con la empatía: ¿Qué necesidades gritan en ese trauma? Seguridad, dignidad, consideración... Solo y solo sí, cuando la persona se siente sólida en su valor propio, quizá —solo quizá— pueda preguntarse: ¿Qué estaría viviendo mi agresor para hacerme esto?

UIA: Y si la Comunicación No Violenta no exige el perdón como meta, ¿entonces esta perspectiva cómo puede, paradójicamente, facilitar un perdón más auténtico?

PDLT: Es clave entender que cuando se trata de restaurar, forzar el perdón es una revictimización disfrazada. Desde la Comunicación No Violenta, el objetivo no es el perdón, sino que la víctima recupere su agencia y su voz.

Decir “debes perdonar para seguir adelante” es violencia. Es como pedirle a alguien con una pierna rota que corra.

Cuando se trabaja con víctimas de abuso sexual, por ejemplo, normalmente primero necesitan perdonarse a sí mismas por sentirse ‘culpables’. Solo desde ahí puede surgir una liberación auténtica.

La Comunicación No Violenta nos muestra que el camino acompañando víctimas es un camino sin atajos, donde el perdón no es la meta, sino un posible resultado de un proceso más profundo al ser visto o vista en el dolor, reconectarse con la propia dignidad y decidir qué relación se quiere tener con el pasado.

Cuando una víctima recupera su humanidad, ya ha ganado la batalla más importante. El perdón es irrelevante si no nace de su elección libre.

Diálogos inclusivos y empáticos en comunidades afectadas.

UIA: ¿Cuál es la clave (desde la Comunicación No Violenta) a la hora de escuchar a una persona que ha sufrido violencia?

PDLT: El ser escuchado sin buscar nada a cambio. Ese es el reto. Es muy fácil caer inconscientemente en que “yo te escucho para que te calmes”, “te escucho para que te sanes”, “te escucho para que...”. Es decir, siempre estamos dispuestos a una escucha en busca de algo (para dar una respuesta, para hacer un juicio, para opinar, para aconsejar) y eso no es una escucha real.

UIA: En territorios fracturados por el conflicto, incluso quienes trabajan por la paz, pueden convertirse en reflejo de la violencia que buscan sanar: equipos de reconciliación que se ven como “enemigos”, instituciones que reproducen dinámicas de confrontación dentro de sus propios equipos de trabajo y fuera de ellos. ¿Cómo iniciar un diálogo auténtico cuando percibimos al otro como una amenaza?

PDLT: La Comunicación No Violenta propone romper el espejo del enemigo para diálogos en contextos polarizados y desarrolla los siguientes pasos:

Primero, el examen interno: “¿Qué enemigos llevo dentro?” ¿Quién es el “enemigo” en mi corazón? Es decir, antes de mediar entre partes debo preguntarme: ¿Veo enemigos entre quienes pretendo reconciliar? ¿Siento empatía real hacia a ambos lados?

○ estoy de un lado o del otro.

La paradoja del trabajo de restauración y reconstrucción del tejido social es que

no podemos facilitar conexión si nuestro propio corazón está dividido.

La Comunicación No Violenta exige un trabajo interno previo que va a implicar identificar en ti juicios internalizados (“piensas que estos o aquellos son los obstáculos para la paz”). ○ reconocer emociones no procesadas (ira, desesperanza hacia alguno de los grupos). ¿Qué me genera escuchar a quienes han ejercido violencia? ¿Puedo ver su humanidad sin negar el daño causado?

UIA: Sí, pero una vez se identifica esto, ¿qué pasa? ¿Cómo logro continuar el proceso para desvanecer la imagen de enemigo que tengo del otro?

PDLT: Hay que declarar la intención, es decir, estoy dentro de este proceso de diálogo con el otro para escuchar, no para ganar. Quiero entender lo que para ustedes es importante. No quiero que acepten mi postura.

¿Y esto por qué va a funcionar? En contextos polarizados, los escenarios de diálogo con el otro se alimentan de la desconfianza que pueden generar agendas ocultas que hay en su entorno. Así que una intención transparente abre puertas. Mi rol no es juzgar, sino crear un espacio seguro.

Lo siguiente es la escucha que desarma mediante dos formas: Una, a través de dejarme de enfocar en el acto atroz y ver la necesidad insatisfecha. El núcleo de la Comunicación No Violenta sugiere que toda violencia es un grito de necesidades no atendidas, diferenciando claramente la estrategia violenta de la necesidad, por ejemplo, “quemaron el colegio” (estrategia violenta) vs. “necesitaban ser vistos” (necesidad).

Y dos, el reflejo al momento de escuchar para que la escucha sea real. Cuando hablo de reflejo me refiero, por ejemplo, a que escucho que tu rabia viene de una necesidad de justicia.

Esto significa que, cuando las personas conectan con las necesidades detrás de sus acciones (propias y ajenas), la imagen del enemigo se difumina.

UIA: Al principio usted nos decía que quienes acompañamos o estamos cerca de los procesos de restauración del trauma con víctimas primero debemos tener un muy buen trabajo interno personal. ¿Por qué?

PDLT: Porque es lo que nos permite ver la herida y la necesidad detrás del daño o del acto violento. Nadie es violento con el corazón lleno.

Detrás de un acto violento que hago contra otro hay una herida no sanada en mí. Y este ejercicio no lo voy a hacer para justificarlo, sino para comprenderlo.

Te pondré un ejemplo común dentro de las organizaciones: un funcionario que descalifica el trabajo de su colega podría estar actuando desde su necesidad de reconocimiento (“nadie valora mi trabajo como considero que debe ser valorado”) o desde el miedo a sentirse irrelevante (“tengo que hacerme visible constantemente porque de lo contrario pierdo mi lugar”).

Así que el trabajo de autoconciencia es básico para poder liderar de manera auténtica la intervención a otras personas que han sufrido violencia.

UIA: Entonces, ¿un dolor no expresado impulsa la resistencia de tal o cual persona?

PDLT: La Comunicación No Violenta nos recuerda que los enemigos externos son espejos de nuestras propias fracturas.

Este camino exige valentía para cuestionar nuestros juicios hacia los demás,



“Cuando una víctima recupera su humanidad, ya ha ganado la batalla más importante”, dice la psicóloga De la Torre. En la imagen, el director de la UIA, Giovanni Álvarez, en un taller con víctimas en Bucaramanga.

disciplina y constancia para escuchar más allá de las palabras y paciencia para honrar los ritmos de cada corazón herido.

Cuando dejamos de alimentar la imagen del enemigo en nosotros, el conflicto deja de ser una batalla y se convierte en un lugar de encuentro. Ahí nace el diálogo verdadero. En realidad, la búsqueda de la paz genuina es una práctica interna cotidiana.

Priorizar el tiempo sobre la prisa y la humanidad sobre los juicios.

UIA: Colombia lleva tiempo enfrentando una de las heridas más profundas de su conflicto armado: los mal llamados “falsos positivos”. Cuando familiares de víctimas y militares implicados se tienen que sentar frente a frente, ¿cómo evitar que el diálogo se convierta en un nuevo campo de batalla?

PDLT: El prerequisite es que no hay atajos para el encuentro. Antes de juntarlos, hay que pasar tiempo escuchando a ambas partes. No como trámite del proceso judicial, sino como un acto de reconocimiento de su humanidad.

¿Y por qué? En este caso específico, para los familiares, porque necesitan sentir que su dolor es visto y validado y para los militares porque requieren conectar con las necesidades insatisfechas que los llevaron a actuar (ejemplo: presión por resultados, miedo al fracaso).

Solo cuando ambos grupos se sientan vistos como humanos (no como “víctimas” o “monstruos” sino como humanos) estarán listos para encontrarse. Es decir, este encuentro es posible cuando el dolor y la culpa dejan de ser banderas.

Hay que tener algo claro: en los procesos judiciales tradicionales, los tiempos legales rara vez coinciden con los tiempos emocionales. Uno de los más relevantes tropiezos es cuando el sistema apura lo que el alma necesita procesar.

La Comunicación No Violenta exige paciencia activa, no ofrece reconciliaciones instantáneas. Propone algo más radical: devolver a cada persona, a ambas partes, su humanidad robada.

Dejar de contar el dolor como arma para empezar a reconocerlo como lenguaje común.

UIA: En países que enfrentan procesos de posconflicto como Colombia, se dice que la memoria histórica es un vehículo para el esclarecimiento de los hechos violentos, la dignificación de las voces de las víctimas y la construcción de una paz. Sin embargo, puede generar que víctimas y victimarios compitan por el título de “quién sufrió más” o “quién tiene más culpa”. ¿Cómo rescatar la memoria colectiva o cómo narrarla sin profundizar en la trampa de “buenos vs malos”?

PDLT: El problema de base aquí es si seguimos escuchando la memoria desde “mi dolor es culpa tuya”. De esa manera perpetuamos la lógica de enemigos. Esto se manifiesta cuando los relatos se centran en señalar culpables (no en entender causas).

Se usa el dolor como prueba moral (“nosotros sufrimos más, por tanto, tenemos más razón”). La Comunicación No Violenta propone cambiar las preguntas a la hora de narrar la memoria histórica y colectiva precisamente para cambiar la memoria.

En lugar de quién empezó, quién sufrió más, elegir preguntar: ¿qué necesidades insatisfechas laten detrás de cada acción violenta?, ¿cómo se expresó el miedo, la desesperación o la impotencia en ambos lados?

Pasar del “dolor competencia” al “dolor compartido”. En las guerras se genera una competencia del dolor: cada bando necesita demostrar que sufrió más. La Comunicación No Violenta rompe esto y muestra que el dolor no es propiedad de un lado, sino un lenguaje común.

La comunicación como herramienta de reparación, no de división.

UIA: ¿Cómo conversamos con otros e informamos sobre violencia y conflicto sin convertirnos en altavoces de odio?

PDLT: Los periodistas y artistas pueden cambiar el mundo porque el lenguaje social viene de vuestra mano. El poder invisible de las palabras radica en que cada elección lingüística construye realidades: asesinos, monstruos, bandos irreconciliables... Todo eso alimenta deshumanización.

Lo que nos debemos preguntar es: ¿hablo o narro en clave de culpables? Porque hablar en clave humana exige coraje, que se priorice la empatía por encima del juicio en búsqueda de cambiar las narrativas de odio y resentimiento.

Y esto aplica no sólo para vosotros los periodistas, sino para todos nosotros cuando hablamos en casa, con los amigos, en las oficinas de trabajo: usar una narrativa que teja paz, no para endulzar la realidad, sino para contarla con precisión humana.

Cuando un titular muestra que hasta el verdugo tuvo miedo, o que la víctima también alberga dudas, rompemos el espejo de ‘buenos vs malos’. Ahí empieza la verdadera reconstrucción del tejido social.

UIA: En el posconflicto colombiano, miles de excombatientes enfrentan un desafío invisible pero poderoso: el muro de la estigmatización social. ¿De qué forma la Comunicación No Violenta emerge como una herramienta clave para transformar estos prejuicios y promueve la reintegración sin estigmas?

PDLT: Este proceso requiere trabajar en dos frentes simultáneos: por un lado, acompañar a los excombatientes en su dolor por el rechazo; por el otro, comprender las necesidades detrás del miedo social.

Lo primero es empatizando con la persona que se siente rechazada, apartada o no integrada. Hay que escucharla. Cuando la fruta está madura, esa persona puede —no antes— estar dispuesta a entender qué necesita la persona o la sociedad que la rechaza.

No la estigmatizan o rechazan porque sí, sino que eso también responde a una necesidad. Entonces, cuando la persona reconoce que hay dolor al otro lado, o desconfianza o una interpretación de lo que ha hecho y de lo que ha sido, eso le puede permitir entender lo que está viviendo y encontrar formas de cuidar de eso que la otra parte está necesitando para dejar de estigmatizarle.

Ahora, ¿qué no funciona en estos casos colectivos? Forzar el perdón social, ocultar el pasado o minimizar los temores legítimos.

Cuando un excombatiente entiende que el rechazo viene del dolor ajeno y no de su ‘maldad’ puede responder con compasión en lugar de resentimiento.

Un enfoque radical de empatía colectiva para la transformación social.

UIA: ¿Cuáles son esos nutrientes esenciales para que esta metodología eche raíces en nuestro suelo social aún en recuperación, incluso, aún en conflicto?

PDLT: Cuando hay un conflicto colectivo histórico como el de Colombia se necesita estimular constantemente una empatía colectiva. La empatía individual no basta, debe escalar a nivel colectivo.

Es decir, ¿cómo hacer ese reconocimiento colectivo de lo que cada grupo ha podido vivir durante el conflicto o está viviendo?

Al mismo tiempo, hay que reconocer que las instituciones que llevan a cargo esos procesos y planteamientos de encuentro entre las partes necesitan que haya una credibilidad y, sobre todo, una coherencia institucional dentro y fuera de ellas. Porque si el paraguas de esas acciones no es creíble, no es coherente ni siquiera dentro de ellos mismos, no van a tener los avances que se plantearon.

Hoy en día tenemos recursos muy importantes como las redes y los videos, entre otros. Es decir, se requiere un trabajo creativo para promover y expandir esa empatía colectiva por ambas partes de un conflicto.

UIA: Hemos llegado hasta acá y usted ha hecho mucho énfasis en el concepto de empatía, el cual se ha trillado tanto en estos tiempos que para muchos suena “rancio”. ¿Cómo se aplica la empatía desde la Comunicación No Violenta sin que siga siendo un ‘cliché’?

PDLT: En la Comunicación No Violenta la empatía implica reconocimiento de las necesidades. Es como separar la acción de un asesinato de la necesidad.

Yo he trabajado en prisiones. Cuando voy, los detenidos siempre me dicen: “Es que tú nos ves como personas”. Y yo les respondo: “Es que no puedo verlos de otra manera”. Estoy segura de que, si hubiera vivido lo que vosotros habéis vivido, estaría aquí. No hay diferencia porque vosotros habéis hecho lo que habéis hecho, porque no habéis sabido cuidar de vuestras propias necesidades de otra manera.

Esa es la verdadera empatía de la Comunicación No Violenta, es decir, no es una empatía a medio gas, es una empatía radical, potente, con acciones claras, nada de lenguaje técnico, reconociendo siempre la intención.

UIA: En la era del ‘like’ y el ‘hate’, en la que un comentario o dejar en visto un mensaje sin reaccionar, se asume y se viraliza tanto desde el amor como desde el odio o desde la discriminación hacia una persona o grupo. ¿Cómo hacerles frente a las turbulentas aguas de las redes sociales y no caer en ese tipo de violencia?

PDLT: Empatizando con esos comentarios o actitudes violentas a partir de empatizar primero internamente conmigo mismo. La violencia que recibimos en redes es un espejo digital de nuestras propias heridas reflejadas.

Entonces, ¿qué debo hacer? Empatizar con mi propia necesidad y conectar con lo humano. Ver al ser humano detrás del teclado es un trabajo personal que me permite ver el dolor de quien escribe con violencia o de quien ignora o discrimina.

Ahora, no sé si siempre corresponda dar respuesta. Pero si procede dar una respuesta, preguntarme antes: ¿Esto desde qué lugar puede venir? Entonces dar la respuesta con empatía.

Lo que pasa con la violencia es que la mente una vez recibe violencia —en este caso a través de una red social— inmediatamente tiene el proyecto de que

esa persona deje de ser violenta. Cuando yo tengo ese proyecto, estoy siendo violenta con la persona que está siendo violenta conmigo porque la quiero cambiar.

UIA: Entonces, ¿eso es una forma de violencia?

PDLT: Claro. En la Comunicación No Violenta decimos: la violencia está en querer cambiar, la Comunicación No Violenta está en conectar.

Por eso insisto tanto en el trabajo interno personal de conectarnos para poder transitar nuestras propias violencias como lo es la violencia de enjuiciar, por ejemplo.

Hay que ser cuidadosos. Las personas que trabajamos y acompañamos a quienes han sufrido traumas por violencia podemos ejercer a diario esa violencia casi sin darnos cuenta.

Cuando aprendemos a comunicarnos sin violencia queremos dar al mundo desde otra orilla. Por eso es clave que todos reconozcamos y aprendamos primero a transitar nuestra propia violencia, hasta llegar a un lugar de conexión antes de tenderles la mano a otros.



Las víctimas, al decir de la psicóloga Pilar de la Torre, primero necesitan ser escuchadas, acogidas y reconectadas con sus necesidades. En la imagen, víctimas del Chocó durante un reciente Encuentro Territorial de Participación Social.

Unidad de Investigación y Acusación: **cinco entregas dignas de cuerpos en primer trimestre de 2025**

Las ceremonias de entregas dignas se llevaron a cabo en Bogotá, Medellín, Neiva y Zipaquirá.





En Medellín, el acto de entrega digna estuvo encabezado por el director de la Unidad de Investigación y Acusación, Giovanni Álvarez Santoyo.



El 28 de febrero pasado, el día que la Unidad de Investigación y Acusación de la JEP le iba a entregar el cuerpo de su hijo, don Jairo Casiano se levantó más temprano que de costumbre y lo primero que hizo fue rezar.

El creyente hombre le pidió a Dios talento para las cosas que iba a hacer ese día y revisó con cuidado las palabras que debía pronunciar durante la ceremonia de entrega digna del cuerpo de su hijo Luis Uriel Casiano.

Sobre las nueve de la mañana de ese viernes, en la sede en Bogotá de la Unidad de Investigación y Acusación, don Jairo Casiano habló con tranquilidad y dijo no tener resentimiento con nadie.

Por el contrario, le pidió a Dios que *“nos bendiga y le conceda el perdón por las faltas que en la vida terrenal haya cometido Luis Uriel, como todos los que pasamos por este mundo”*.

Luis Uriel Casiano fue asesinado por algunos integrantes del Ejército Nacional el 22 de septiembre de 2006 en el municipio casanareño de Maní.

Esa fue la noticia que los funcionarios de la Unidad de Investigación y Acusación le dieron a don Jairo sobre su hijo extramatrimonial y cuyo contenido movió todos los cimientos de su familia Casiano.

Tal vez por la sorpresa, en un principio algunos de los Casiano quisieron mostrarse ajenos al hallazgo que habían hecho los investigadores. No obstante, rápidamente reaccionaron y entendieron que Luis Uriel era su sangre.

“No tuve mucho contacto con él por problemas de familia. Yo no me volví a dar cuenta (de la existencia de su hijo) porque con (la mamá de Luis Uriel) nunca nos volvimos a ver”, explicó Jairo Casiano hace poco más de un mes.

Pero, en la década de los 70, *“me tocó reconocerlo por orden de un juzgado de Facativá (Cundinamarca). Ya él (Luis Uriel) tenía como dos años”*, agregó Jairo Casiano, quien templó la voz con dolor cuando recordó la última vez que vio a Luis Uriel.

Eso fue hace unos 20 años.

Luis Uriel ubicó el número telefónico de su padre y lo llamó. Sorprendido, Jairo Casiano le pidió a su otro hijo, Gelkin Casiano, que lo acompañara a verse con su medio hermano.

La verdad es que los tres tenían muy poco de qué hablar. Tantos años de silencio y distanciamiento habían enfriado todo. Jairo Casiano recuerda hoy que Luis Uriel le contó que su madre, Ana Felisa Murillo, había muerto.

Nunca más Jairo Casiano volvió a saber de su hijo. Es más, hace unos cinco años le pidió a un abogado que tratara de averiguar por la ubicación de Luis Uriel. La indagación fue estéril.

La ceremonia de entrega digna del cuerpo de Luis Uriel Casiano fue una de las cuatro que la Unidad de Investigación y Acusación realizó con los familiares de las víctimas de ejecuciones extrajudiciales o ‘falsos positivos’ en el primer trimestre de 2025.

De hecho, ese mismo 28 de febrero la Unidad de Investigación entregó otros dos cuerpos en Medellín.

La ceremonia de entrega digna en la capital antioqueña de los cuerpos de Abraham González Torres y Rodrigo Humberto Torres Múnera estuvo encabezada por el director de la Unidad de Investigación y Acusación, Giovanni Álvarez, y por el presidente de la JEP, Alejandro Ramelli.

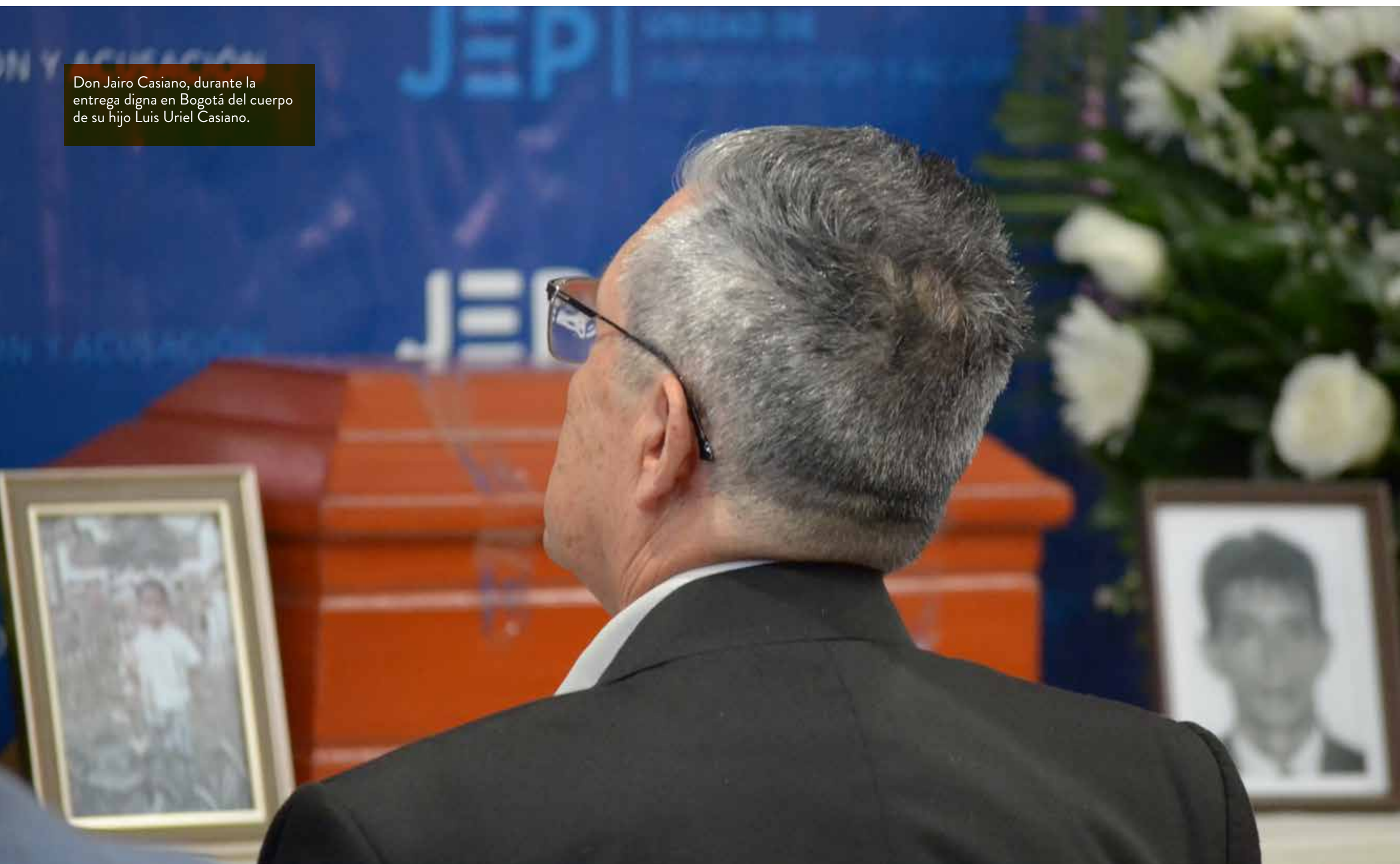
Tanto González como Torres fueron asesinados y desaparecidos forzosamente en 2004 por integrantes del Batallón de Contraguerrillas No. 79, que falsamente los presentaron como guerrilleros muertos en combate.

De acuerdo con Álvarez Santoyo, *“cada que tenemos un logro como este (o la entrega de cuerpos de víctimas del conflicto armado) damos un paso importante en la construcción de la verdad, la justicia y los derechos de ustedes como víctimas”*.

En concepto del funcionario, *“la pérdida de Abraham y Rodrigo es una pérdida para toda la sociedad colombiana, porque se truncó la vida de dos jóvenes con ilusiones, futuro y mucho para aportar al país”*.

En tanto, Sandra, hermana de Abraham González, comentó que *“lo único que pido ahora es que esto no se vuelva a repetir. Como fui yo, son muchos, son miles de familias en esta incertidumbre, y eso no se lo deseo a nadie”*.

Don Jairo Casiano, durante la entrega digna en Bogotá del cuerpo de su hijo Luis Uriel Casiano.



Familiares de Rodrigo Humberto Torres le dan el último adiós en el cementerio Universal de Medellín.



Rodrigo Humberto Torres fue asesinado en 2004 por integrantes del Batallón de Contraguerrillas N° 79, que falsamente lo presentaron como un delincuente muerto en combate.

Neiva, 15 de febrero de 2015: Berta, hermana de Cristian Andrés López Gómez, habló en nombre de su familia en el acto de entrega digna del cuerpo del adolescente asesinado por militares.



Neiva y Zipaquirá

El 15 de febrero, en Neiva, la Unidad de Investigación y Acusación entregó el cuerpo de Cristian Andrés López Gómez, quien fue retenido por las fuerzas del orden el 28 de junio de 2008.

Su cadáver y el de otro muchacho aparecieron en un remoto poblado del Huila llamado Suaza, a cuatro horas por carretera de Neiva.

Ese día de junio de 2008, López Gómez se levantó temprano. Su madre, Amelia Rojas, recuerda que salió de la casa antes de las seis de la mañana. Él tenía en mente ir hasta la Plaza Cívica de Neiva para dejar a punto el puesto de ventas de sus padres.

De ahí en adelante hay algunas cosas poco claras hasta ahora. De lo que sí hay certeza de ese día aciago es del dolor y el desespero de una madre.

En efecto, una vecina le avisó a Amelia Gómez que a Cristian Andrés se lo habían llevado unos uniformados de la Plaza Cívica. “Se llevaron a su hijito en un furgón”, le dijo doña Carmen a Amelia Gómez.

Todo el día esperaron los López Gómez la llegada a casa de Cristian Andrés. Eso nunca sucedió. Entonces denunciaron su desaparición, pero el muchacho no regresó jamás.

De eso hace ya 17 años. Jamás volvió a haber paz en la familia López Gómez. La mayoría de sus integrantes trataron de seguir adelante con sus vidas y muchos de ellos consiguieron sus parejas.

Amelia Gómez, en cambio, quedó con su vida destrozada y nunca perdió la esperanza de que Cristian Andrés regresara vivo a su casa de Moscovia.

“De ahí para acá todo cambió. Ya no era lo mismo”, comentó Amelia Gómez, quien prácticamente les dijo adiós a las celebraciones de Navidad y Año Nuevo.

“Nadie entiende lo que yo guardo en mi corazón y en mi mente. Eso solo lo sé yo y Dios del Cielo”, añadió la adolorida madre.

Cinco días después de la entrega en la capital del Huila, la Unidad de Investigación y Acusación hizo lo propio en Zipaquirá, Cundinamarca, con el cuerpo de Juan Carlos Triviño Villabón.


El mencionado ciudadano (natural de Zipaquirá) había viajado a Villavicencio, la capital del Meta, en marzo de 2014 y se comunicó con su familia hasta agosto de ese año, cuando desapareció.

Luego, el 21 de septiembre de 2014, su cuerpo fue hallado sin vida en zona rural del municipio metense de Puerto Concordia.

Expertos de la Unidad de Investigación y Acusación de la JEP recuperaron su cuerpo en el cementerio municipal de San José del Guaviare, el 19 de septiembre de 2024, y verificaron su identidad.

Triviño Villabón tenía 30 años al momento de su desaparición y su cuerpo fue entregado a su madre, Bernarda Villabón.

No está clara la forma como murió Villabón. Solo se sabe que su cadáver fue encontrado flotando en un río del Meta.



Zipaquirá, 20 de febrero de 2025: la Unidad de Investigación y Acusación entregó el cuerpo del señor Juan Carlos Triviño Villabón. Su cuerpo fue encontrado flotando en un río del Meta en septiembre de 2014.



Neiva, 14 de febrero de 2025: familiares de Cristian Andrés López Gómez, durante las actividades organizadas por la Unidad de Investigación y Acusación el día previo a la ceremonia de entrega digna del cuerpo del joven asesinado por el Ejército. Tenía 16 años.

Zipaquirá, 20 de febrero de 2025: los familiares de Juan Carlos Triviño Villabón expresaron su tristeza durante el acto de entrega digna de su cuerpo. Tenía 30 años al momento de su muerte.



Neiva, 14 de febrero de 2025: Doña Amelia Gómez, madre de Cristian Andrés López, dijo que solo Dios sabe lo que ella guarda en su corazón luego del asesinato de su hijo menor de edad.

Villavicencio, 7 de marzo de 2025: víctimas del conflicto armado del departamento del Meta al cierre del Encuentro Territorial de Participación Social. “Nos vemos en el próximo”, dijeron al unísono.



Así se palpitan los Encuentros Territoriales de Participación Social 2025

En un país en el que las cicatrices del conflicto armado aún laten en el alma de sus habitantes, marzo de 2025 se convirtió en un mes de reflexión, sanación y esperanza para cientos de víctimas que, desde tres rincones distintos de Colombia, alzaron sus voces en los Encuentros Territoriales de Participación Social convocados por la Unidad de Investigación y Acusación de la JEP.

En Villavicencio, el 6 y el 7 de marzo; en Bucaramanga, el 20 y el 21 de marzo, y en Quibdó, el 27 y el 28 de marzo, se abrieron espacios de diálogo con las víctimas del conflicto armado y se realizaron ejercicios colectivos con el objetivo de identificar el daño, resignificar el dolor y trazar caminos hacia la restauración del tejido social.

Estos encuentros de participación social se han realizado a instancias del director de la Unidad de Investigación y Acusación, Giovanni Álvarez Santoyo, con la

coordinación del Grupo de Relacionamiento y Comunicaciones (GRECO) y la activa participación de los servidores y servidoras de las respectivas sedes territoriales, los diferentes grupos misionales de la entidad y de la Secretaría Ejecutiva de la JEP.

Las víctimas que llegaron a las capitales del Meta, Santander y Chocó, desde diferentes puntos de la geografía del país, además de dialogar sobre sus duras vivencias, se enteraron de primera mano cómo trabaja la UIA en favor de ellas, cómo pueden acreditarse en los 11 diferentes macrocasos e hicieron parte de talleres de desarrollo personal para replicar en sus comunidades.

Villavicencio, una esperanza como la inmensidad del Llano

Al llegar a la capital del Llano, a los visitantes los recibe un calor húmedo. Fue en este ambiente cálido que 79 víctimas del conflicto armado, provenientes de diferentes municipios del departamento del Meta, se reunieron en un céntrico hotel de Villavicencio el 6 y 7 de marzo pasados.

En los minutos previos al inicio del evento, ese jueves 6 de marzo en el ambiente se percibía un murmullo de esperanza y dolor entrelazados. El Grupo de Relacionamiento y Comunicaciones, junto con los integrantes de la sede territorial, encabezados por la fiscal Ayda Luz Acosta, dieron apertura al evento en el que las víctimas de inmediato expresaron su deseo de tejer puentes entre las heridas del pasado y las posibilidades de un futuro menos fracturado.

Tras la armonización del espacio, en el que participaron todos los asistentes al evento, se abordó un ejercicio simbólico que, aunque luce sencillo, está cargado de un gran peso emocional: se trataba de la silueta del tronco de un árbol (hecha en material de manualidades), que se ubicó en el centro del recinto, con sus ramas vacías a la espera de llenarse de hojas.

En una hoja de color blanco, cada participante, con manos temblorosas o firmes —según se lo permitió el corazón—, describió con una palabra, una frase, un poema o una canción lo que consideró fue el impacto que el conflicto armado dejó en su vida.

Las expresiones resultaron tan disímiles como sentidas: nombres de seres queridos perdidos, dibujos de casas destruidas o una palabra que englobaba lo sufrido por las víctimas del conflicto armado en Colombia: “dolor”.

“Es como si cada hoja que pegamos allí hubiese sido un pedazo de nosotros que se quedó en el camino”, comentó una mujer proveniente de Puerto Gaitán, en medio de una atmósfera en la que árbol simbólico lentamente se fue convirtiendo en testigo mudo, en un lienzo de resistencia, de las expresiones de quienes han sufrido décadas de violencia.

Los servidores y servidoras de la UIA les reiteraron a las víctimas los alcances del Acuerdo Final de Paz y también les explicaron el trascendental tema de los derechos de las mujeres víctimas en el conflicto.

Frente a la curiosidad que genera el término “Provección”, a las víctimas se les explicó que se trata de una palabra que se acuñó en la UIA y que engloba la protección y la prevención. Se les informó, asimismo, en qué consiste el programa de protección de la UIA y cuál es la ruta para acceder al mismo. En el tema de prevención hicieron un primer acercamiento a la oferta de talleres de autoprotección, prevención de riesgos, entre otros.



En un aspecto técnico pero fundamental, desde la Secretaría Ejecutiva de la JEP a las víctimas se les dio información sobre los procedimientos de la Jurisdicción, los 11 macrocasos y la ruta para acreditarse como víctima en ellos.

En una actividad denominada “Reparar y resignificar las cicatrices”, basada en la técnica japonesa del Kintsugi —que repara cerámicas rotas con oro para resaltar sus grietas como parte de su historia—, las víctimas tomaron fragmentos de una vasija quebrada y los unieron con pegamento, con el simbolismo de un dolor que intentan resignificar, en un acto de valentía silenciosa.

“Esto no borra lo que pasó, pero lo hace más llevadero”, afirmó una mujer proveniente de Puerto López. “Sentimos un dolor grande en el alma cuando cada uno recuerda su historia. Hay heridas que no sanan, pedacitos de dolor que no se los contamos a nadie y que nos llevamos hasta la muerte”, replicó otra participante de esta sentida actividad.

En otra actividad que abrió la segunda jornada del evento, las víctimas hicieron un acercamiento a técnicas de desarrollo personal, de diálogo como único camino para dirimir controversias y de recarga de energía tanto física como mental.

Para el cierre del encuentro, en un acto colectivo de experiencia vital profundo, las víctimas regresaron al árbol simbólico, pero esta vez no para hablar de dolor, sino para expresar esperanza, a través de hojas multicolores, en las que escribieron lo que consideran deben ser las medidas de reparación para reconstruir el tejido social del país que sueñan: educación para sus hijos, tierras para trabajar, salud mental accesible y verdad sobre los desaparecidos.

Las voces de las víctimas que participaron en el Encuentro de Participación social en Villavicencio se resume en las siguientes frases:

“Que nos escuchen, que nos vean, que no nos olviden”.





“Nosotras hemos sido las más golpeadas, pero también las que hemos sostenido la vida en medio de la guerra”.

“No queremos solo sobrevivir, queremos vivir”.

“Debemos dar ejemplo de perdón. Yo lo que les deseo a todos es la paz. Dios sabe qué tenemos en el corazón. Debemos cambiar esas cosas que nos hicieron daño. Ahora somos protagonistas”.

“Cuando uno pierde un ser querido en esta guerra absurda, dice que perdona, pero eso no se olvida. Es un dolor que se lleva por dentro. Nos hemos llenado de fortaleza, pero necesitamos apoyo de las entidades”.

“Nuestro municipio (Vista Hermosa) ha sido muy golpeado. Invito a todos a sanar el dolor hoy, aunque sé que no es fácil. Tenemos que sacar la valentía y dar lo mejor de nosotros”.

Cuando el sol comenzó a caer sobre Villavicencio y el cielo se tiñó de tonos naranjas y rosados, las víctimas se despidieron con largos abrazos, con lágrimas contenidas y con una mezcla de agotamiento y fortaleza.

Hablaron, lloraron, pegaron trozos de vasijas, que simulaban ser retazos de sus propias vidas. No todo está sanado —quizá nunca lo esté—, pero por un momento, en este rincón del Meta, han sentido que sus voces importaron. Y eso, en un país donde el silencio fue durante tanto tiempo su condena, es un triunfo pequeño pero inmenso. El camino hacia la paz sigue siendo largo, pero aquí, entre árboles de papel y vasijas rotas, se ha dado un paso más.



Bucaramanga, con víctimas de cuatro departamentos

La siguiente parada de los Encuentros Territoriales de Participación Social 2025 fue en Bucaramanga, una ciudad que despierta con el rumor de las montañas que la rodean y el eco de las voces que han esperado años para ser escuchadas.

El jueves 20 y el viernes 21 de marzo, la “Ciudad Bonita” recibió a 121 víctimas del conflicto armado, provenientes de Santander, el Magdalena Medio, Antioquia, Sur de Bolívar y sur de Cesar.

Ahí, entre el aroma del exquisito café santandereano de la Mesa de los Santos y el calor humano, se tejió una narrativa de resistencia, verdad y reconstrucción, con el trabajo de los diferentes grupos misionales de la UIA y los servidores de la sede territorial, encabezados por la fiscal María del Pilar Gómez.

“Lo prometido es deuda. En agosto del año pasado quedamos de volver a Santander y aquí estamos. Colombia es la bandera en el mundo en materia de justicia transicional”, les dijo Giovanni Álvarez, director de la UIA, a las víctimas que se congregaron en el auditorio de un reconocido hotel de la capital de Santander.

Frente al director de la UIA habló una de las víctimas, Dalgy Delgado, lideresa de

Puerto Berrío (Antioquia), quien expresó: “Hemos estado en muchas luchas y no las queremos abandonar. Necesitamos de ustedes” (en referencia a los servidores de la JEP).

El fiscal de la JEP le respondió con una reflexión, que invita a todas las víctimas a dejar atrás las diferencias y a mirar hacia un horizonte común, así el camino se presente con innumerables dificultades: “Entre ustedes, como víctimas, no debería haber ninguna controversia. El objetivo es que entre todos podamos reconstruir la sociedad”.

En la ya tradicional actividad del árbol simbólico, en el primer paso en el que las víctimas expresan con palabras lo que han sufrido, la palabra común fue “dolor”.

En la actividad de “Reparar y resignificar las cicatrices”, mediante la técnica japonesa del Kintsugi, se destacó la frase de doña Nohemí, una víctima del conflicto proveniente de Landázuri, por donde se entra a la convulsionada región del Carare y se puede llegar al Magdalena Medio: “Como este jarrón, nosotros somos muy frágiles, pero hemos podido continuar. No es fácil, pero aquí estamos”.





La dinámica de apertura de la segunda jornada del evento estuvo motivada por el propósito de fomentar el crecimiento personal de las víctimas, darles herramientas para que no solo sanen ellas mismas, sino que puedan replicar ese aprendizaje en sus familias, comunidades y, eventualmente, en la sociedad entera.

Hubo ejercicios de reflexión, de resiliencia y espacios para compartir experiencias. *“Si nosotros cambiamos, nuestras casas cambian, y si nuestras casas cambian, el país cambia”*, advirtió una mujer oriunda de Barrancabermeja.

El evento cerró con las expresiones de esperanza en las hojas multicolores que poblaron el árbol simbólico, que también recoge reclamos de víctimas por promesas que exigen sean cumplidas, como condición de la reconstrucción del tejido social y que significan justicia, garantías de no repetición, apoyo para los jóvenes y memoria para los olvidados.

Algunas de las voces del Espacio de Participación Social en Bucaramanga fueron:

“No nos dejen solos”.

“Aquí estamos”.

“Que la verdad no se quede en palabras”.

“La mejor reparación para las víctimas es la verdad. No todo es plata. La verdad se traduce en salud y educación”.

En la despedida, los abrazos dicen más que las palabras. Hay lágrimas, sí, pero también sonrisas, de esas que nacen luego de haber soltado un poco el peso del dolor que se carga por años.

Las víctimas hablaron de sus muertos, de sus tierras perdidas, de sus noches sin dormir. Rompieron un jarrón y lo volvieron a armar, así como han intentado hacer con sus vidas. No todo está resuelto, pero por dos días, en esta ciudad de calles empinadas y espíritu recio, han sentido que no están solas.

Cuando el sol comenzó a esconderse tras las montañas de Bucaramanga, y el equipo de Participación Social tomó la vía del retorno, la reflexión llevó a pensar que esa vía se parece al camino de la paz, que sigue siendo largo pero que, en la capital de Santander, entre árboles simbólicos y jarrones rotos, se ha dado un paso más para recorrerlo.

Quibdó, entre cantos y esperanza

La última estación de los “Encuentros Territoriales de Participación Social 2025”, en marzo, estuvo enmarcada por el murmullo que deja el legendario río Atrato en su discurrir.

Bajo el calor ardiente y la humedad que abraza como un manto, el espacio “Encuentros Territoriales de Participación Social”, realizado en Quibdó el 27 y 28 de marzo, se convirtió en un crisol de dolor, de memoria y de anhelos de paz, en donde las voces de los olvidados resonaron con fuerza.

Fue un evento en el que participó un equipo interdisciplinario de los diferentes grupos misionales la UIA y servidores y servidoras de la sede territorial, encabezados por la fiscal Diana Mosquera.

Por supuesto que el talento afloró en las primeras de cambio y la interpretación a capela del tema “Señora paz”, a cargo de Franklin Blandón, uno de los asistentes, calentó aún más el ambiente y enrutó de una vez por todas el evento.

La dinámica con el árbol simbólico estuvo matizada por el encendido debate en el que unos y otros opinaron sobre el significado de la palabra territorio, como parte

del terruño en el que se nace y se vive, pero también como parte del espíritu de las comunidades y de la intimidad de cada individuo como persona.

Una mujer, proveniente de Bagadó, escribió: “*Mi casa quedó vacía, pero mi corazón sigue buscando*”. El árbol, al final, se convirtió en un retrato colectivo de un Chocó herido, pero también de una resistencia que se niega a quebrarse.

Como parte de la pedagogía del evento, el director de la UIA, Giovanni Álvarez, les explicó a los asistentes la dinámica de la Jurisdicción Especial para la Paz, cómo está estructurada y cómo las víctimas pueden acceder a este sistema de justicia transicional.

“Uno no puede decir que hay algún lugar de Colombia sin afectaciones del conflicto armado. La desaparición forzada, uno de los temas más dolorosos del conflicto, es uno de los delitos más atroces. Es un sufrimiento permanente. Los familiares siempre guardan la esperanza de que el desaparecido toque la puerta de la casa”, dijo el Fiscal de la JEP, al expresar su solidaridad perenne con quienes han sido víctimas de esta y otras atrocidades que dejó el conflicto armado en Colombia.





En la dinámica de “Reparar y resignificar las cicatrices”, Esaud Lemos, de Bagadó, llamó la atención con la siguiente reflexión: *“Nosotras, las víctimas, estamos cargando ese odio hacia nuestros victimarios. Para reconciliarnos tenemos que hablar, tomarnos un tinto o bailar con ellos”*.

En la dinámica sobre desarrollo personal, coordinada por el GRECO, a las víctimas se les ofrecieron pautas que les permita trazarse objetivos claros y que lo aprendido se replique en sus comunidades como parte de la restauración del tejido social.

Sobre esta actividad, Jackson, líder comunitario de un sector vulnerable de Quibdó, expresó lo siguiente: *“Cuando buscamos los aspectos positivos de la comunidad, logramos que nuestros jóvenes se superen en todos los aspectos”*.

Las voces que dejó el evento de “Encuentros Territoriales de Participación Social 2025” en Quibdó fueron las siguientes:

“Los recuerdos nos traen odios. Perdonar no es fácil, pero con Cristo en nuestros corazones es posible”.

“Hay niños de dos o tres años que han padecido la violencia en todas sus formas. Gracias a su resiliencia y la de sus padres han salido adelante”.

“Ciertas cosas no tienen reparación. El tema de compañeros que ya no están con nosotros no es posible reparar”.

“La restauración se hace con justicia, paz y amor. Hoy por ti, mañana por mí”.

“Hay que recuperar el tejido social, la verdad y la dignidad”.

“Necesitamos verdad, perdón, interculturalidad y honestidad”.

“La reconstrucción del tejido social se hace con justicia social y políticas públicas claras para el disfrute efectivo de los derechos”.

Al caer el sol en Quibdó, las 81 víctimas que asistieron al espacio “Encuentros Territoriales de Participación Social 2025” expresaron satisfacción por lo logrado durante los dos días del evento. Cantaron y aplaudieron con Franklin, pegaron trozos de vasijas, llenaron el árbol simbólico con expresiones de dolor y de esperanza.

Los dos días, en esta ciudad bañada por el Atrato, les permitió a las víctimas sentir que sus voces importan. El camino hacia la paz sigue siendo un sendero empinado, pero en Quibdó, entre canciones y abrazos, se ha dado otro paso más.

“Vamos a seguir llegando a las víctimas”

Es largo el camino que se ha recorrido desde que comenzaron los “Encuentros Territoriales de Participación Social”, por allá en agosto de 2024. Sin embargo, aún es más largo el camino que falta por recorrer.

Y es que mientras que se han logrado estructurar jornadas con dinámicas pedagógicas, que acerquen a las víctimas a la UIA, reconozcan cuáles son los diferentes grupos misionales de la entidad y se enteren cuál es la ruta para recurrir a sus servicios, también se ha trabajado en otros aspectos fundamentales tanto el desarrollo personal, así como el de la restauración del tejido social.

La labor del equipo de Participación Social, con el apoyo de los grupos misionales de la UIA, ha permitido recopilar información de vital importancia que es procesada por un grupo interdisciplinario y que será almacenada en un repositorio

digital para que esté a disposición del Director de la UIA y del grupo de fiscales de la entidad.

Por disposición del director de la UIA, Giovanni Álvarez Santoyo, los eventos de los “Encuentros Territoriales de Participación Social 2025” se seguirán realizando en las diferentes sedes en todo el país.

Por tal razón, el Grupo de Relacionamento y Comunicaciones, junto con el equipo de Participación Social, trabajan en la estructuración y articulación de nuevas dinámicas que propendan por el desarrollo personal de las víctimas y la restauración del tejido social en las comunidades y en los territorios afectados por las diferentes manifestaciones de violencia que ha dejado el conflicto armado.





“Si queremos vivir en paz debemos estar en paz con nosotros mismos”: líder de jóvenes de Quibdó

Jackson Córdoba, líder de jóvenes del Chocó. Su objetivo es muy claro: alejar a los muchachos de la violencia y de las drogas.



Jackson Córdoba está convencido de que los jóvenes deben tener modelos que imitar y que no necesariamente debe ser un famoso. En su concepto, basta con que haya alguien en el barrio —un vecino, un familiar— que se convierta en referente para que un joven haga el esfuerzo de sobresalir y luego ser ejemplo para su comunidad.

Es por eso que Jackson, un quibdoseño de 34 años, decidió dedicar su esfuerzo de vida a apoyar a jóvenes de la comunidad Casimiro, una zona del norte de la capital del Chocó que ha sido golpeada duramente por el conflicto armado.

Como integrante del Consejo Comunitario Mayor de Casimiro, este líder está empeñado en sacar a su comunidad adelante y en arrebatársela a la violencia a los

jóvenes de su sector, tarea en la que ha obtenido excelentes resultados a través de la música.

Y cuenta con orgullo que la mayoría de los jóvenes a los que se ha acercado en Casimiro ha decidido formarse en diferentes oficios a través del SENA para así dejar a un lado las “tentaciones”.

En el marco del evento “Encuentros Territoriales de Participación Social”, que se realizó en Quibdó el 27 y 28 de marzo de 2025, Jackson dialogó con el Grupo de Relacionamiento y Comunicaciones y contó detalles de su labor como líder de jóvenes y la perspectiva optimista con la que enfrenta esa tarea.

¿Cómo empezó su trabajo con la comunidad de Casimiro?

Normalmente iniciamos como líderes dentro del barrio, trabajando con los jóvenes y con los grupos juveniles. Fui formado por la Diócesis de Quibdó como líder juvenil y por medio de ese proceso me fui enamorando del trabajo comunitario y empecé a enfocarme un poco más en mi territorio para que los jóvenes no fueran llevados por el conflicto armado que siempre nos afecta.

¿Qué le motivó cuando inició su objetivo de ser líder?

Una primera experiencia, trabajando de docente de música, fue lo que me hizo despertar. Tuve un alumno que fue reclutado por grupos ilegales. Gracias a un trabajo que se hizo de seguimiento, de estar aconsejándolo (la mamá me ayudó mucho), pudimos rescatarlo un tiempo de ese espacio.

Por cosas del destino tuve que trasladarme de lugar. Ese joven volvió, recayó y desafortunadamente lo asesinaron.

Creo que eso fue lo que me motivó. No podía dejar un trabajo inconcluso con los jóvenes y debía trabajar y esforzarme más para brindarle algo distinto a la comunidad.

¿La música le ayudó a motivar a los jóvenes a cambiar sus mentes, a querer algo distinto?

Claro que sí. Por medio de la música hicimos un plan estratégico. Enamorábamos a los chicos con la música. Luego de enamorarlos, que ellos estuvieran en el espacio y mostraran un poquito de voluntad, les exigíamos. Si usted quiere estar en este espacio de música, vamos a articularlo con el estudio, vamos a hacerle seguimiento con el colegio y nosotros vamos a estar allí apoyando todo (...) Gracias a la música se pudo abrir un gran espacio para este trabajo.

¿Todo lo hace desde la música o tiene otras herramientas?

En este momento el proyecto más grande que tenemos es la vinculación de 110 jóvenes a un proceso de formación, a través de una alianza que se hizo con el SENA. Estos jóvenes estaban en territorios que se estaban llenando de grupos ilegales. Por medio de la música llegamos a sus territorios y escuchamos sus necesidades y las de la comunidad.

Decidimos buscar al SENA y a otras entidades para que nos pudieran colaborar llevando esa formación al territorio y no que los jóvenes tuvieran que salir (...) Hoy en día estamos haciendo alianzas con empresas para terminar todo el tema de prácticas, para que puedan recibir la certificación.

En eso estamos trabajando. Siempre ha sido difícil porque el conflicto nunca termina y estamos convenciendo a otros jóvenes para que retomen el proceso.

¿Los jóvenes que empezaron el proceso le agradecen o sus familias le agradecen por haberlos impulsado a estudiar?

¡Claro! De hecho, las familias son las que han estado muy pendientes del proceso y hemos contado con su apoyo, (...) Las familias de los jóvenes siempre están dispuestas a trabajar con nosotros y están agradecidas.

¿Hay jóvenes que no quieren ser parte de estos proyectos?

Sí, claro, y eso ha sido complicado. Ellos mismos, bajo amenazas, han impedido que otros asistan. Sin embargo, gracias al seguimiento hemos descubierto qué ofertas les hacen y les mostramos que no son factibles para que así confíen en nosotros.

¿Qué ha sido lo más difícil para usted en este proceso con los jóvenes?

Realmente tocar puertas porque el trabajo no lo hace uno solo. Uno quiere articular con las entidades y llegan momentos en los que se encuentra con personas que no están dispuestas al trabajo comunitario, que solo quieren sobresalir, llevarse el nombre de los proyectos. Pero como no figuran, niegan el apoyo. Debo advertir, no obstante, que a través del representante legal hemos podido hacer buenas articulaciones para sacar los proyectos adelante.

¿Hay jóvenes que se han negado por quedarse en lo grupos ilegales?

Sí. De hecho, un problema grande que nos ha imposibilitado la salida de los jóvenes de los grupos es el tema de la droga. Nosotros aquí no tenemos centros donde podamos llevar a los jóvenes para hacer un proceso de desintoxicación. Ellos se vuelven dependientes. Dicen que (la droga) es su vida. Entonces eso también ha hecho que ellos se nieguen a pertenecer a estos proyectos.

¿Han buscado ayuda con entidades para apoyar a los jóvenes en los procesos de desintoxicación por consumo de drogas?

Ese punto lo tenemos como prioridad en este plan de acción que organizamos. Ya hemos tocado algunas puertas. Estamos esperando respuesta. Pero sí está dentro de nuestras prioridades. Aquí hay un muchacho que trabaja todo el tema de drogadicción, pero no es del Consejo (Comunitario Mayor de Casimiro).

Estamos mirando cómo articulamos con él para llevar a estos jóvenes a los centros. Ellos lo necesitan. Las familias nos lo piden. Pero como no tenemos el espacio es muy difícil poder abordar esa situación.

Aparte del proceso con los 110 jóvenes y el plan para la desintoxicación, ¿tienen pensado otro proyecto?

En este momento estamos trabajando con el representante legal para crear algún tipo de asociación para estos jóvenes. Por ejemplo, desde los productos que se dan en el territorio, ellos mismos puedan crear empresa, subsistir y ayudar también a que otros jóvenes se sumen al proyecto (...) Aquí trabajamos y hacemos lo que podemos por nuestra comunidad.

¿Qué le pareció la jornada en la que estuvo con la UIA?

¡Espectacular! Me dejó grandes enseñanzas. Me motivó a seguir haciendo esto que estoy haciendo por los jóvenes de mi comunidad. Generalmente nosotros esperamos que haya un problema para buscar la solución. Pero a veces no analizamos que hay cosas positivas que también nos pueden ayudar a solucionar otro tipo de problemas que están en nuestro espacio.

Sobre la actividad que se hizo con el árbol, nosotros podemos llegar a sanar ese sentimiento que deja todo el tema del conflicto con cosas positivas, con lo que queremos, con lo que nos imaginamos.

Podría aplicar lo que nos enseñaron con el Consejo Comunitario. Por ejemplo, está lo del círculo de la vida. Es importante tenerlo claro, llevarlo y explicárselo a la gente.

¿Qué mensaje les daría a los jóvenes que quieren cambiar su vida y apoyar a su comunidad?

El mensaje es claro: cuando uno tiene la disposición, el querer le nace (porque esto es algo que le nace a uno). Uno no debe quedarse donde le cierran las puertas. Debe seguir intentando, debe seguir luchando, buscando la manera, aliándose con personas que también le aporten a ese trabajo que quiere realizar para su comunidad. El beneficio no es solo personal sino para toda la comunidad (...) Hay muchos jóvenes y muchas personas adultas que también lo quieren lograr, pero pueden estar esperando ese empujón de un líder para que eso se pueda dar.

No te desanimes, lucha y 'pa'lante'. Siempre vamos a encontrar alguna dificultad, pero nosotros mismos debemos enfrentarlas y sacarlas adelante.

¿Y a Colombia qué le diría?

Realmente el sentir es uno solo: todos queremos vivir en paz y si todos queremos vivir en paz debemos estar en paz con nosotros mismos.

¿Y cómo estoy en paz conmigo mismo? Haciendo eso que me nace, eso que me gusta, trabajar por la comunidad, trabajar por lo que quiero, pero con respeto y sin llegar a ocupar el espacio del otro y sin dañar a nadie (...) Trabajar en pro de seguir adelante.



Exitoso balance de los grupos territoriales de la UIA en el primer trimestre del 2025



San José del Guaviare, Guaviare

En el primer trimestre del año, la Unidad de Investigación y Acusación puso en marcha su doceava sede territorial ubicada en San José del Guaviare, capital del departamento de Guaviare.

Esta seccional —que tiene la misión de atender a las víctimas de los municipios de Calamar, El Retorno, Miraflores y San José del Guaviare— inició las labores de relacionamiento interinstitucional en el territorio, y se reunió con autoridades locales como la Gobernación, la Alcaldía municipal y la Policía Nacional.

Asimismo, con entidades estatales como la Unidad de Atención y Reparación Integral a las Víctimas, la Unidad de Búsqueda de Personas dadas por Desaparecidas y la Defensoría del Pueblo.

Estos encuentros tuvieron como objetivo central articular el trabajo de la UIA en la región en pro de las víctimas y la reconstrucción del tejido social que busca la paz verdadera.



Sincelejo, Sucre

En el marco de las medidas cautelares del Cementerio de Sincelejo, el equipo de la UIA en Sincelejo, Sucre, participó en una reunión que se desarrolló en las

instalaciones del Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses.



Valledupar, Cesar

El grupo regional de la UIA en Valledupar participó en el Comité Territorial de Justicia Transicional Ampliado del Departamento del Cesar, en el que se abordó la situación generada en esa zona del país a raíz de la crisis humanitaria en la región del Catatumbo.

Entre otros temas, se mencionó el desplazamiento masivo de familias, fenómeno que está impactando a los municipios cesarenses.

De igual manera, acompañaron el acto de memoria histórica, denominado ‘Siete

vidas, una memoria’, en honor a los siete agentes del CTI que desaparecieron hace 25 años en el municipio La Paz mientras cumplían con su labor.

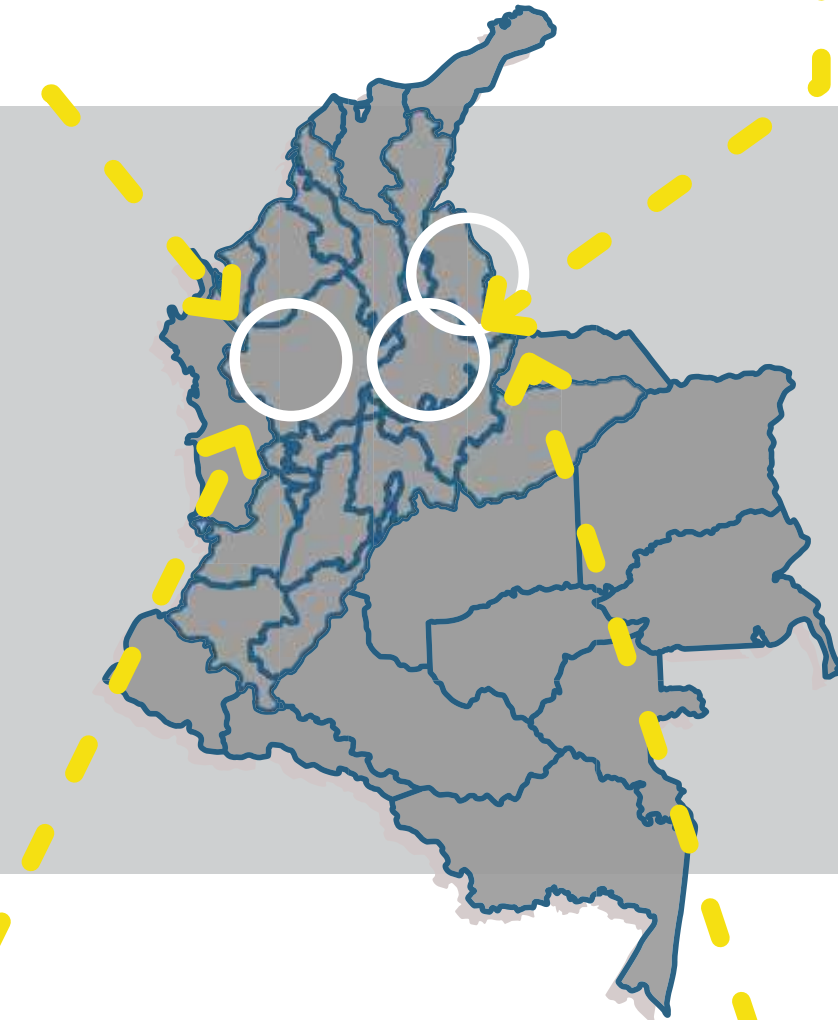
En el sentido acto, cada familia sembró un árbol de cañaguante alrededor del monumento ‘Ramita de Cañaguante’ ubicado en el Parque de la Vida, en Valledupar, lugar en el que “hasta encontrarlos, vendrán a expresar sus sentimientos y oraciones”.



Turbo, Antioquia

Durante el primer trimestre del año en la seccional de Turbo, Antioquia, se adelantaron diferentes reuniones tanto con víctimas del conflicto armado como con entidades que se encuentran en la región con el propósito de planear jornadas, fortalecer el trabajo interinstitucional y crear estrategias conjuntas en favor de la dignificación de las víctimas y la reconstrucción de su tejido social.

Asimismo, participaron en diferentes actividades como las ‘Mesas de impulso a la implementación de la Resolución 1325’ en las que se abordaron los desafíos, las oportunidades y las acciones que garantizan la participación efectiva de las mujeres en los espacios que promueve el Sistema Integral para la Paz.



Medellín, Antioquia

En el marco del curso académico ‘Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario’, William Hernández, fiscal de la UIA para Antioquia y el Eje Cafetero, tuvo una charla con estudiantes del programa de derecho de último semestre.

En el espacio, que se dio gracias a la invitación de la Universidad Cooperativa de Colombia (sede Medellín), se profundizó en la justicia transicional a través de la conversación titulada “La Jurisdicción Especial para la Paz, un reto histórico para la memoria y las víctimas”.



Bucaramanga, Santander

El equipo de la UIA en Bucaramanga participó en la primera jornada de socialización del acto simbólico de dignificación de la memoria de las víctimas de desaparición forzada en el marco del conflicto armado en Aguachica, Cesar.

En el espacio se recolectaron 60 consentimientos para realizar una placa conmemorativa, que será instalada en la fachada del Cementerio Católico Central del municipio aguachiquense.



Cúcuta, Norte de Santander

El equipo territorial en Cúcuta participó en un encuentro que tuvo como fin alertar sobre los riesgos existentes en el departamento y hacer pedagogía sobre la importancia de la autoprotección y los detalles de seguridad en los desplazamientos.

Esta charla fue dirigida por la oficina de seguridad de la Secretaría Ejecutiva de la JEP.



Quibdó, Chocó

Con el propósito de consolidar a la Jurisdicción Especial para la Paz en el territorio, los equipos regionales de la UIA y de la Secretaría Ejecutiva de la JEP en la capital de Chocó crearon la estrategia 'Oí vos, la JEP está restaurando desde el territorio'.

En el trimestre se desarrollaron varios encuentros con diferentes entidades y población civil que dejaron varias conclusiones. Entre ellas, apoyar espacios

de construcción de paz, trabajar de manera estratégica y articulada entre las entidades para garantizar los derechos de las víctimas y aunar esfuerzos para realizar acciones de impacto.

Estos espacios también ayudaron a resolver inquietudes y a aclarar percepciones equivocadas que se tienen sobre el trabajo de la Jurisdicción permitiendo acercar la institución a la ciudadanía.



Villavicencio, Meta

La oficina de JEP en la capital metense encabezó en Zipaquirá el acto de entrega digna a sus familiares del cuerpo del señor Juan Carlos Triviño Villabón, quien murió en 2014 en el departamento del Meta.

El acto lo lideraron Ayda Luz Acosta, fiscal territorial de la UIA-JEP en Villavicencio; Kari Mancera, abogada del despacho de la magistrada Reinere

Jaramillo; Sandra Castro, de Medicina Legal Regional Oriente, y Jesyd Tejera, experto del Grupo de Apoyo Técnico Forense.

El cuerpo del señor Triviño fue recuperado del cementerio de San José del Guaviare, que tiene medidas cautelares a cargo de la magistrada Jaramillo.



Pasto, Nariño

El Observatorio del Delito de la Gobernación de Nariño invitó al grupo territorial en Pasto a participar en una reunión que tuvo como objetivo dar a conocer los delitos de mayor impacto en el departamento.

Igualmente, funcionarios de la seccional de Protección y Servicios Especiales de la Policía Metropolitana de San Juan de Pasto y de la Seccional de Investigación

Criminal SIJIN, en un encuentro con la seccional de la UIA, informaron sobre la situación de seguridad en la ciudad y en los municipios aledaños.

Asimismo, indicaron algunas recomendaciones sobre las medidas preventivas en aras de la protección personal y de las instalaciones de esta sede de la Unidad de Investigación y Acusación.



Neiva, Huila

El equipo de trabajo de la UIA en la capital de Huila participó en la socialización de los resultados de la IV fase de la intervención al Cementerio Central de Neiva, desarrollada por la Unidad de Búsqueda de Personas dadas por Desaparecidas.

En este importante espacio se dieron a conocer los resultados de la IV fase de Intervención al Cementerio Central, que se realizó en el marco de las medidas cautelares decretadas por la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP) desde 2021.



Florencia, Caquetá

Representantes de la Organización de las Naciones Unidas en Caquetá visitaron la sede territorial de la UIA ubicada en Florencia.

En el encuentro se abordó la oferta de servicios de Unidad en el territorio y se profundizó en la ruta de protección, cómo se accede a ella y cuáles son los requisitos.



En línea con la

UNIDAD

*de Investigación
y Acusación.*

Revista Virtual